

Discursos Históricos

(Colección de Emilio Rodríguez Demorizi)

EUGENIO M. DE HOSTOS

1839-1903

Pesaba en Hostos sangre de la abuela dominicana, María Altagracia Rodríguez y Velasco, esposa del hidalgo español don Juan José de Hostos y del Castillo, descendiente de los Ostos de la Edad Media, en cuyo linaje insigne hubo Caballeros de las Ordenes de Calatrava y Alcántara. La ilustre mujer había nacido en la romántica Villa de San Carlos, extramuros de Santo Domingo, el día 10 de octubre de 1785: llevó en su seno, como la madre del Cantor del Niágara, como la abuela de Antonio Maceo, el misterioso germen de una vida inmortal, simiente dominicana que las vicisitudes de la isla hicieron germinar en otras playas.

De Santo Domingo, —procedía de Cuba,— fué don Juan José de Hostos a establecerse en Mayagüez, cuando distinguidas familias dominicanas, especialmente de la ciudad de los Colones, de Santiago y de Azua de Compostela, con motivo de la cesión de la parte española de la Isla a Francia, se trasladaron a distintos pueblos de Puerto Rico, particularmente a Mayagüez, solar nativo de Eugenio María de Hostos y Bonilla, nacido el 11 de enero de 1839.

Por ese poderoso ascendiente; por los hijos de su carne y de su espíritu, nacidos en este suelo; por su hondo amor a la tierra que le sirvió de amorosa sepultura y hasta por la inevitable y volandera hostilidad que en vez de anonadarlo le hizo más alto y más fecundo, Hostos fué dominicano. Ciudadano de América le llamará la Humanidad. Los que conozcan su corazón le llamarán dominicano.

En efecto. En las obras fundamentales del Apóstol, escritas e impresas en Santo Domingo; en su labor de orientador y de maestro de la juventud

dominicana; en sus confesadas ansias de vivir siempre y de luchar en la República de Quisqueya, como él quería que se llamase nuestra Patria, y en el morir en tierra dominicana sin nostalgias del cielo que le vió nacer, está latente su entrañable dominicanidad.

Por eso se ha dicho, con toda propiedad, que la historia del movimiento educativo en Santo Domingo es, en su parte esencial y predominante, la misma historia de Hostos (*).

La primera estancia de Hostos, en la República, fué en Puerto Plata, de 1875 a 1876. Desde entonces fué amigo y apologista de uno de sus más altos protectores: Gregorio Luperón. Volvió en 1879, y en 1880 fundó la Escuela Normal de Santo Domingo, la más brillante escuela que tuvo el país. En ese período de la vida de Hostos, el más fecundo de su vida de educador, produjo sus mejores discursos. Basta mencionar el de 1884, considerado por Antonio Caso como la más alta página filosófica de la América española.

Hostos es el Maestro por excelencia de los dominicanos: el primero en la gratitud, el recuerdo y la alabanza. Si fuera menester justificar aún más su inclusión en esta obra, bastaría recordar esta afirmación de Pedro Henríquez Ureña, hecha en 1903: fué Hostos "orador olímpico cuyos monumentales discursos no han sido igualados en Santo Domingo." Aquí murió el 11 de agosto de 1903, y aquí reposarán por siempre sus restos venerandos.

(*) Acerca de Hostos véase nuestra compilación, *Hostos en Santo Domingo*. C. T., 1939-1942, 2 vols. En esta obra pueden leerse cinco de sus discursos dominicanos. En el vol. II, p. 317-328. figura una *Bibliografía dominicana de Hostos*.



DISCURSO DEL DIRECTOR DE LA ESCUELA NORMAL DE SANTO DOMINGO, E. M. DE HOSTOS,
EN LA INVESTIDURA DE LOS PRIMEROS MAESTROS NORMALES DE LA REPUBLICA, DISCIPULOS
SUYOS, EN 1884 (*)

Señor Presidente de la República:

Señores:

Han sido tantas, durante estos cuatro años de prueba, las perversidades intentadas contra el Director de la Escuela Normal, que acaso se justificaría la mal refrenada indignación que ahora desbocara sobre ellas.

Pero no: no sea de venganzas la hora en que triunfa por su misma virtud una doctrina. Sea de moderación y gratitud.

Sólo es digno de haber hecho el bien, o de haber contribuido a un bien, aquel que se ha despejado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado o realizado.

El que de ese modo impersonal se ha puesto a la obra del bien, de nadie, absolutamente de nadie, ha podido recibir el mal. ¿Qué gusano, qué vibora, qué maledicencia, qué calumnia, qué Judas, qué Yago han podido llegar hasta él? ¿Es él un gusano? ¿Es él un áspid? ¿Es él una excrecencia revestida de la forma humana?

No, señores: él es lo más alto y lo más triste que hay en la creación. Es la roca desierta que soberanos esfuerzos han solevado lentísimamente por encima del mar de tribulaciones, y que sufre sin quebrantarse la espuma de la rabia, el embate de la furia, el horror desesperado de las olas mortales que la asedian. Es la conciencia, triste como la roca, pero alta como la roca desierta del océano. Y no la conciencia individual, que siempre toma su fuerza en la inconciencia circunstante, sino la conciencia humana, que toma su fuerza de sí misma, que de sí misma recibe su poder de resistencia, y, secundando a la naturaleza, sacrifica el individuo a la especie, la personalidad a la colectividad, lo par-

ticular a lo general, el bienestar de uno al bienestar de todos, el hombre a la humanidad.

En esa región de la conciencia no hay pasiones como las pasiones vergonzosas que amojaman el cuerpo y el alma de otros hombres: unos y otras pasan por debajo, precipitándose en la sima de su propia nada, sin que logren de la conciencia, que va trepando penosamente su pendiente, una mirada, ni una sonrisa, ni un movimiento de desdén. Ascendiendo siempre la una, bajando siempre las otras ¿qué venganza más digna de la una que el seguir siempre ascendiendo, qué castigo mayor para las otras que el seguir siempre bajando?

Una vez, en los Andes soberanos, por no se sabe qué extraordinaria sucesión de esfuerzos, había logrado subir al penúltimo pico de la cúspide misma del desolado ver. 'squero del Planchón una alpaca de color tan puro como la no medida plancha de hielo que le servía de pedestal. Descendiendo por la vertiginosa pendiente del ventisquero, y hundiéndose en los cóncavos senos de la tierra con todo el fragor de dos truenos repetidos mil veces por los ecos subterráneos, dos torrentes furiosos azotaban la mole en que la alpaca se asilaba. Las oleadas la sacudían, las espumas la salpicaban, los horribos truenos la amenazaban, y la tímida alpaca no temía.

Muy por debajo de la cumbre, al pie del ventisquero, una turba de enfermos que habían ido a buscar la curación de sus dolencias o de sus pasiones en aquella salutar desolación, se entretenía contemplando la angustiada lucha entre el débil andícola y los fuertes Andes; y, como siempre que los hombres se entretienen, los unos se mofan del débil, los otros celebraban con risotadas las irracionales mofas, éstos tiraban piedras que no podían alcanzar al inaccesible animalito, aquéllos trataban de acosarlo con sus vociferaciones, alguno que otro lo compadecía, sólo uno tomaba para sí el ejemplo que él le daba, y todos deseaban que llegara el desenlace cualquiera que esperaban.

Mientras tanto, la alpaca solitaria, indiferente a los gritos y las risas de los hombres, impasible

(*) Los graduados fueron: Francisco José Peynado, Félix Evaristo Mejía, Agustín Fernández, Lucas T. Gibbs, José María Alejandro Pichardo, Arturo Grullón.



ante el estruendo y el peligro, buscaba un punto de apoyo en la saliente de hielo petrificado que coronaba el ventisquero, y, después de caer una y más veces, logró por fin encaramarse en el único seguro de aquel desierto de hielo desolado. Entonces, conociendo por primera vez el peligro de muerte que había corrido, y oyendo por primera vez las vociferaciones que la habían acosado, dirigió una mirada plácida a los hombres, a los torrentes desenfrenados y al abismo adonde habían tratado de precipitarla, fijó la vista en el espacio inmenso, y, percibiendo sin duda cuán invisible punto son los seres mortales en la extensión inmortal de la naturaleza, transmitió a sus ojos expresivos la centelleante expresión de gratitud que a todo ser viviente conmueve en el instante de su salvación; y, dirigiendo otra mirada sin encono a las fuerzas naturales y a los hombres que lo habían acosado, por invisibles senderos se encaminó tranquilamente a su destino.

En el alma de todo ser racional que ha logrado salvar las dificultades de una obra trascendental, se manifiesta el mismo fenómeno que observé en la alpaca descarriada de los Andes. Por encima de toda pasión odiosa se levanta en el fondo el sentimiento de la gratitud.

Yo la siento profunda, y la proclamo en voz alta ante vosotros.

Todos, en el gobierno de la nación, en el gobierno del municipio, en el gobierno de la familia, en el gobierno de la opinión, como legisladores, presidentes y secretarios del Estado, como representantes de la comunidad municipal, como jefes e inspiradores del hogar, como guías de la opinión cotidiana, todos vosotros, así los presentes como los distantes, así los que sostuvisteis como los que iniciásteis esta obra, así los que desde el primer momento descubristeis la intuición redentora que ella conlleva como los que hayáis tardado en ver la pureza de sus designios, así los que hayáis podido calumniarla como los que hayáis combatido por error o por sistema, así los claros enemigos de la obra como los oscuros enemigos del obrero, todos sois dignos de gratitud, porque habéis contribuido a un beneficio que la República estimará tanto más concienzudamente cuanto mayor número de generaciones, redimidas por este esfuerzo común de redención, vengan a darle cuenta de la

causa fundamental de la serie de bienes que en lo porvenir sucederá a la mañana de males que en lo pasado la envolvían.

Todos habéis contribuido a esta obra, los unos excitando con vuestra simpatía las pasiones generosas del amigo, los otros estimulando, en el que inútilmente quisisteis considerar como enemigo, las reacciones sublimes que el odio injusto promueve en las almas poseídas de la verdad y de la justicia.

Factores del bien como habéis sido todos, acaso deseáis que se le esponga, tal cual es, a los ojos atentos de la República; y ese deseo es el que va este discurso a complacer.

Harto lo sabéis, señores: todas las revoluciones se habían tentado en la República, menos la única que podía devolverle la salud. Estaba muriéndose de falta de razón en sus propósitos, de falta de conciencia en su conducta, y no se le había ocurrido restablecer su conciencia y su razón. Los patriotas por excelencia que habían querido completar con la restauración de los estudios la restauración de los derechos de la patria, en vano habían dictado reglamentos, establecido cátedras, favorecido el desarrollo intelectual de la juventud y hasta formado jóvenes que hoy son esperanzas realizadas de la patria: o sus beneméritos esfuerzos se anulaban en la confusión de las pasiones anárquicas, o la falta de un orden y sistema impedían que fructificara por completo su trabajo venerando.

La anarquía, que no es un hecho político, sino un estado social, estaba en todo, como estaba en las relaciones jurídicas de la nación; y estuvo en la enseñanza y en los instrumentos personales e impersonales de la enseñanza.

Para que la República convaleciera, era absolutamente indispensable establecer un orden racional en los estudios, un método razonado en la enseñanza, la influencia de un principio armonizador en el profesorado, y el ideal de un sistema superior a todo otro, en el propósito mismo de la educación común.

Era indispensable formar un ejército de maestros que, en toda la República, militara contra la



ignorancia, contra la superstición, contra el cretinismo, contra la barbarie. Era indispensable, para que esos soldados de la verdad pudieran prevalecer en sus combates, que llevaran en la mente una noción tan clara, y en la voluntad una resolución tan firme, que cuanto más combatieran, tanto más los iluminara la noción, tanto más estoica resolución los impulsara.

Ni el amor a la verdad, ni aún el amor a la justicia, bastan para que un sistema de educación obenga del hombre lo que ha de hacer del hombre, si a la par de esos dos santos amores no desenvuelve la noción del derecho y del deber: la noción del derecho para hacerle conocer y practicar la libertad; la del deber, para extender prácticamente los principios naturales de la moral desde el ciudadano hasta la patria, desde la patria obtenida hasta la pensada, desde los hermanos en la patria hasta los hermanos en la humanidad.

Junto, por tanto, con el amor a la verdad y a la justicia, había de inculcarse en el espíritu de las generaciones educadas un sentimiento poderoso de la libertad, un conocimiento concienzudo y radical de la potencia constructora de la virtud, y un tan hondo, positivo e inmovible conocimiento del deber de amar a la patria, en todo bien, por todo bien y para todo bien, que nunca jamás resultara posible que la patria dejara de ser la madre alma de los hijos nacidos en su regazo santo o de los hijos adoptivos que trajera a su seno el trabajo, la proscrición o el perseguiamiento tenaz de un ideal.

Todos y cada uno de estos propósitos parciales estaban subordinados a un propósito total; o, en otros términos, era imposible realizar parcialmente varios o uno de estos propósitos, si se desconocía o se descuidaba el propósito esencia; el de formar hombres en toda la excelsa plenitud de la naturaleza humana.

Y ese fin ¿cómo había de realizarse? Sólo de un modo, el único que ha querido la naturaleza que sea medio universal de formación moral del ser humano: desarrollando la razón; diré mucho mejor diciendo la racionalidad; es decir, la capacidad de razonar y de relacionar, de idear y de pensar, de juzgar y conocer, que sólo el hombre, entre todos los seres que pueblan el planeta, ha recibido como carácter distintivo, eminente, excepcional y trascendente,

Y para desarrollar la mayor cantidad posible de razón en cada ser racional ¿qué principio había de ser norma, qué medio había de ser conducta, qué fin había de ser objeto de la educación?

¿Habíamos de dejar las cosas como estaban? Habríamos seguido obteniendo, del sistema de educación apetecido, lo que el sistema practicado estaba dando a la República; unos cuantos hombres de intelectualidad natural muy poderosa, que, en virtud de sus propios esfuerzos y contra los esfuerzos de su viciosa educación intelectual, se elevaban por sí mismos a una contemplación más pura y más real de la verdad y el bien que la generación de bípedos dañinos o inofensivos que los rodeaban.

¿Habíamos de ir a restablecer la cultura artificial que el escolasticismo está todavía empeñado en resucitar? Habríamos seguido debiendo, a esa monstruosa educación de la razón humana, los ergotistas vacíos que, en los siglos medios de Europa y en los siglos coloniales de la América Latina, vaciaron la razón, dejando como impuro sedimento las cien generaciones de esclavos voluntarios que viven encadenados a la cadena del poder humano o a la cadena del poder divino y que, cuando se encontraron en la sociedad moderna, al encontrarse en un mundo despoblado de sus antiguos dioses y de sus antiguos héroes, no supieron, en Europa, ponerse con los buenos a fabricar la libertad, no supieron, en la América Latina, ponerse con los mejores a forjar la independencia.

¿Habíamos de buscar, en la dirección que el Renacimiento dió a la cultura moral e intelectual, el modelo que debíamos seguir? No estamos para eso. Estamos para ser hombres propios dueños de nosotros mismos, y no hombres prestados; hombres útiles en todas las actividades de nuestro ser, y no hombres pendientes siempre de la forma que en la literatura y en la ciencia griegas y romanas tomaron las necesidades, los afectos, las pasiones, los deseos, los juicios y la concepción de la naturaleza. Estamos para pensar, no para expresar; para velar, no para soñar; para conocer, no para cantar; para observar, no para imaginar; para experimentar, no para inducir condiciones subjetivas la realidad objetiva del mundo.

¿Habíamos, por último, de adoptar una organización docente que nos diera el esqueleto, no el contenido de la ciencia?

¿Qué habríamos hecho de la organización de los estudios, norteamericana, alemana, suiza, francesa, si nos faltaba el elemento generador de la organización? ¿Qué Condorcet ha podido imbuir el principio vital en un facsímil de hombre? ¿Qué Cuvier ha podido poner en movimiento las organizaciones anatómicas que restauraba? ¿Qué Pigmalión ha podido dar el fuego divino de la vida al bello ideal que ha esculpido el estatuario?

Como el soñador deificado de la Grecia, como el paleontólogo que Francia dió a la ciencia, como el filósofo que la Revolución Francesa malogró, no la estatua, no los huesos, no la imagen, necesitamos la vida.

Aún más que la vida. Para que la razón educada nos diera la forma vital que íbamos a pedirle, necesitábamos restituírle la salud.

Razón sana no es la que funciona conforme al modo común de funcionar en la porción de sociedad humana de que formamos parte. Razón sana es la que reproduce con escrupulosa fidelidad las realidades objetivas y nos da o se da una interpretación congruente del mundo físico; la que reproduce con estoica imparcialidad las realidades subjetivas, y se da o nos da una explicación evidente de las actividades morales del sér que es en las profundidades del esqueleto semoviente que somos todos.

Razón sana no es la que destella rayos desiguales de luz, brillante ahora con los fulgores de la fantasía, deslumbrando después con los espejismos de la rememoración, esclareciendo con claridad solar una incertidumbre o una duda, y complaciéndose después en las sombras o en las medias tintas, camina por la vida como va por los senderos del mundo el caminante imprevisor: tropezando y cayendo y levantándose, para volver a tropezar y caer y a levantarse. Razón sana es la que funciona estrictamente sujeta a las condiciones naturales de su organismo.

Y entonces es cuando, directora de todas las fuerzas físicas y morales del individuo, normalizadora de todas las relaciones del asociado, creadora del ideal de cada existencia individual, de cada

existencia nacional, y del ideal supremo de la humanidad, se dirige a sí misma hacia la verdad, dirige la afectividad hacia lo bello bueno, dirige la voluntad al bien; regula por medio del derecho y del deber las relaciones de familia, de comunidad, de patria; forja el ideal completo del hombre en cada hombre; el ideal de la patria bendecida por la historia, en cada patriota; el ideal de la armonía universal, en todos los seres realmente racionales; e, iluminando con ellos la calle de amargura que la naturaleza sorda ha señalado con índice inflexible al sér humano, le lleva de siglo en siglo, de continente en continente, de civilización en civilización, al siempre oscuro y siempre radiante Gólgota desde donde se descubre con asombro la eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante de la tierra que está dotado de razón.

Llevar la razón a ese grado de completo desarrollo; y enseñar a dejarse llevar por la razón a ese dominio completo de la vida en todas las formas de la vida, no es fin que la educación pueda realizar con ninguno de los principios y medios pedagógicos que emplea la enseñanza empírica o la enseñanza clásica. La una prescinde de la razón. ¿Cómo ha de poder dirigirse a la razón? La otra historia natural. La otra nos haría literatos, y la amputa. ¿Cómo ha de poder completarla? La una nos haría fósiles, y la vida no es un gabinete de vida no está reducida, y las fuerzas creadoras no están concretadas, a la imitación o admiración de las armonías de lo bello. La vida es un combate por el pan, por el puesto, por el principio, y es necesario presentarse en ella con la armadura y la divisa del estoíco: *Conscientia propugnans pro virtute*.

La vida es una disonancia, y nos pide que aprendamos, gimiendo, llorando, trabajando, perfeccionándonos, a concertar en una armonía, superior a la pasivamente contemplada o imitada, por los clásicos, las notas continuamente discordantes que, en las evoluciones individuales, nacionales y universales del hombre por el espacio y el tiempo, lanza a cada momento la lira de mil cuerdas que, con el nombre de historia, solloza o canta, alaba o increpa, exalta o vitupera, bendice o maldice, endiosa o endiablo los actos de la humanidad en todas las esferas de acción, orgánica, moral e intelectual, que hacen de ella un segundo creador y una creación continua,



Monstruoso el escolasticismo, eunuco el clasicismo ¿qué enseñanza era necesaria para verificar la revolución saludable en esta sociedad ya cansada de revoluciones asesinas?

La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales, y, atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas, y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad.

Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo; y yo, con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado. Y no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales: os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto, —para disparar el pensamiento entero,— con el mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural.

¿Y qué sería yo, obrero miserando de la nada, para tener esa virtud del todo? Lo que podríais ser vosotros, lo que pueden ser todos los hombres, lo que he querido que sean las generaciones que empiezan a levantarse, lo que, con toda la devoción, con toda la unión de una conciencia que lleva consigo la previsión de un nuevo mundo moral e intelectual, quisiera que fueran todos los seres de razón: un sujeto de conocimiento fecundo por la naturaleza, eterno objeto de conocimiento.

La verdad que de esa fecundación nacería, hasta tal punto es un poder, que ya lo veis, a vuestra vista está: la faz, distinta de la humanidad pasada, con que se nos presenta la humanidad actual, no es obra de otro obrero, ni efecto de otra causa, que de la mayor cantidad de verdad que el hombre de hoy tiene en su mente. Esa mayor cantidad de verdad no se debe a otra operación de alquimia o taumaturgia que a la simple operación de observar la realidad del mundo tal cual es.

¿Y para qué, si no para eso, tenemos nosotros los sentidos? ¿Y para qué, si no para eso, transmiten ellos sus sensaciones al cerebro? ¿Y para qué, si no para eso, funciona en el cerebro la razón?

Y, sin embargo, hacer eso, que es lo que la naturaleza ha querido que hiciese el hombre en el planeta que le ha dado, ha parecido, a los irreflexivos de todas partes, un atentado contra la naturaleza, y a los irreflexivos de por acá ha parecido un atentado contra Dios.

Pero Señor, providencia, causa primera, verdad elemental, razón eficiente, conciencia universal, seas lo que fueres ¿hasta cuando ha de ser un crimen la inocencia? ¿Hasta cuándo ha de ser un mal la aspiración al bien? ¿Hasta cuándo ha de ser aborto de la naturaleza el que más se esfuerza por ser su fiel hechura? ¿Hasta cuándo ha de ser un ofensor el que sólo quiere ser defensor de la razón?

¿De la razón? De la parcela de razón que tú, sin duda tú, razón centrípeta, has imbuído en el espíritu del hombre, para que, evolucionando independientemente de su foco, se lance en el espacio sin fin de la verdad, y, teniendo en tu seno el centro fijo, imite a la vorágine de mundos que se precipitan en el infinito, y que trazando en él sus invisibles órbitas, y poseídos del vértigo que los aleja de su centro, son, como la razón humana, tanto más prueba de que existe el centro a que obedecen cuanto más en lo hondo del infinito se sumergen.

¿Qué cuerpo en el espacio, qué razón en el mundo de los hombres, qué virtud en el alma de los niños, puede no ser más regular cuando obedezca naturalmente a su centro de atracción?

Así como el centro del mundo planetario está en el sol, y el centro de la razón está en el mundo que contempla, así el centro de toda virtud es la razón. Desarrollar en los niños la razón, nutriéndola de realidad y de verdad, es desenvolver en ellos el principio mismo de la moral y la virtud.

La moral no se funda más que en el reconocimiento del deber por la razón; y la virtud no es más ni menos que el cumplimiento de un deber en cada uno de los conflictos que sobrevieron el continuo entre la razón y los instintos. Lo que tenemos de racionales vence entonces a lo que tene-



mos de animales, y eso es virtud, porque eso es cumplir con el deber que tenemos de ser siempre racionales, porque eso es la fuerza (virtus) la esencia constituyente, la naturaleza de los seres de razón.

Para lograr ese fin, más alto y mejor que otro cualquiera (por ser, tomando un pleonasma expresivo de la metafísica alemana, el fin final del hombre en el planeta), por lograr ese fin han querido los grandes maestros, desde Confucio hasta Sócrates, desde Mencio hasta Aristóteles, desde Comenio hasta Pestalozzi, desde Fenelón hasta Froebel, desde Tyndall hasta Lockyer, desde Mann hasta Hill, secundar a la razón en su incesante evolucionar a la verdad. Por lograr ese fin se quiso también aplicar aquí el sistema y el procedimiento racional de educación. Formar hombres en toda la extensión de la palabra, en toda la fuerza de la razón, en toda la energía de la virtud, en toda la plenitud de la conciencia, ese podrá haber sido el delito, pero ese ha sido y seguirá siendo el propósito del director de esta obra combatida.

Para que la obra fuese completamente digna de un pueblo, ni un solo móvil egoísta he puesto en ella.

Si el egoísmo hubiera sido mi guía o mi consejero, hace ya mucho tiempo que hubiera desistido de la empresa: la calumnia habría dado la voz a la viril indignación, y habría acabado.

Pero ni al mal egoísmo ni al egoísmo bueno presté oído, y el mismo tranquilo menospreciador de aullidos que antes era, soy ahora; y la misma que fué en la ley, es en el presupuesto de mi vida la recompensa económica de mi trabajo material.

Si hubiera sido egoísta, abiertas generosamente para mí han estado las puertas de una comarca hermana, y me las he cerrado.

Si hubiera sido egoísta, Constitución, posibilidad de ser útil, simpatías personales, la misma vocación, me hubieran llamado a la política, y mirad que vivo en la soledad de mis deberes.

Si hubiera sido egoísta, me hubiera abierto a todas las expansiones que dan popularidad al hombre público, y mirad que estoy tan encerrado como siempre en mi reserva,

Si hubiera sido egoísta...

¿Pero cómo me atrevo a alucinaros? ¿cómo me atrevo a mentirosos? ¿cómo me atrevo a engañaros?

Al modo de la virgen pudorosa que se ruboriza al negar el afecto que suspira en lo profundo, el alma virgen de dolo y de mentira inflama el rostro del que miente una virtud.

Vedme, señores, confeso de mentira ante vosotros. Vedme confuso de haberos engañado. Yo no puedo negaros que os engaño. Yo no puedo negaros que soy el más egoísta de los reformadores. Yo no puedo negaros que en la obra intentada, en la perseverancia de que ella es testimonio y en el dominio de las circunstancias que la han contrastado, mi más fuerte sostén ha sido el egoísmo.

Mis esfuerzos, mi perseverancia, el dominio de mí mismo que requiere esta reforma, no han sido sólo por vosotros: han sido también por mí, por mi idea, por mi sueño, por mi pesadilla, por el bien que merece más sacrificios de la personalidad y el amor propio.

Al querer formar hombres completos, no lo quería solamente por formarlos, no lo quería tan solo por dar nuevos agentes a la verdad, nuevos obreros al bien, nuevos soldados al derecho, nuevos patriotas a la patria dominicana: lo quería también por dar nuevos auxilios a mi idea, nuevos corazones a mi ensueño, nuevas esperanzas a mi propósito de formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos.

Tíreme la primera piedra aquel de entre vosotros que se sienta incapaz de ese egoísmo.

Con ese no se contará para la alta empresa. Y cuando ya las legiones de reformados en conciencia y en razón, por buscar lógicamente la aplicación de la verdad a un fin de vida necesario para la libertad y la civilización del hombre en estas tierras y para la grandeza de estos pueblos en la historia, busquen en la actividad de su virtud patriótica la Confederación de las Antillas, que conciencia y razón, deber y verdad, señalan como objetivo final de nuestra vida en las Antillas, la Confederación pasará sobre ese muerto. Y cuando.



al meditar en la eficacia del procedimiento intelectual que se habrá empleado para llegar a la Confederación, diga alguno que la Confederación de las Antillas es más una confederación de entendimientos que de pueblos, el que ahora me acuse quedará eliminado de la suma de entendimientos que haya concurrido al alto fin.

Pero si el soñador no llegara a la realización del sueño, si el obrero no viese la obra terminada, si las apostasías disolvieren el apostolado, ni la vida azarosa ni la muerte temprana podrán quitar al maestro la esperanza de que en el porvenir germine la semilla que ha sembrado en el presente, porque el alma de sus discípulos ha tratado de hacer un templo para la razón y la verdad, para la libertad y el bien, para la patria dominicana y la antillana.

Y cuando más desesperado cierre los ojos para no ver el mal que sobrevenga, del fondo de su retina resurgirá la escena que más patéticamente le ha probado la excelencia de esta obra.

Estábamos en ella: estábamos trabajando para acabar de entregar a la República esos hombres. Uno de ellos iba a ser examinado, y se había dado la señal. El órgano, con su voz imponente, hacía resonar ese interludio sublime que, con cuatro notas, penetra en lo hondo de la sensibilidad moral, y la despierta en los rincones de la sensibilidad física, y eriza los nervios en la carne.

La Escuela era en aquel momento lo que en esencia es: y el silencio y el recogimiento atestiguan que se estaba oficiando en el ara de eterna redención que es la verdad.

De pronto, al pasar por la puerta una mujer del campo, se detiene, deja en la acera los útiles de su industria y de su vida, intenta trasponer el umbral, se amedrenta, vacila entre el sentimiento que la atrae y el temor que la repele, levanta sus escuálidos brazos, se persigna, dobla la rodilla, se prosterna, ora, se levanta en silencio, se retira, medrosa de sus propios pasos, y así deja consagrado el templo.

Los escolares imprevisores se reían, el órgano seguía gimiendo su sublime melopea, y, por no interrumpirla ni interrumpir la emoción religiosa que me conmovía, no expresé para los escolares la optación que expresé ante vosotros y ante la patria de hoy y de mañana.

Ojalá que llegue pronto el día en que la escuela sea el templo de la verdad, ante el cual se prosterne el transeúnte, como ayer se prosternó la campesina! Y entonces no la rechacéis con vuestras risas, no la amedrentéis con vuestra mofa; abridle más las puertas, abridle vuestros brazos porque la pobre escuálida es la personificación de la sociedad de las Antillas, que quiere y no se atreve a entrar en la confesión de la verdad.

FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL

1848

Acontecimiento extraordinario es llegar una vida, incansablemente trabajada, a los noventa y seis años, sin perder un ápice en la frescura del espíritu, ni en la lucidez del pensamiento, ni en la firmeza del carácter, ni en la ingénita bondad del corazón. Que no en vano el tiempo, como la ola sobre la roca, hunde su huella en la dureza del metal y de la piedra, en la carne y en el árbol. Sólo la parte psíquica, en hombres privilegiados, permanece intacta, con esa grave inalterabilidad de la belleza de los mármoles antiguos, resplandecientes de hermosura a través de todas las edades,

No contaba un lustro la República cuando surgió a la vida, el 16 de septiembre de 1848, y recogió de aquella luz que la primera aurora de la Patria había dejado intacta en el espíritu de la madre amantísima.

La Patria era entonces templo de Marte perennemente abierto al patriotismo: en él discurrió la infancia de Federico Henríquez y Carvajal. Entonces, también, no eran menos altas y preciadas las ofrendas del pensamiento que las victorias de las armas: de la Puerta del Conde, en la mañana de



Febrero, unos se fueron al Cuartel, otros a la imprenta.

A la imprenta se dirigió Federico Henríquez cuando la sombra oscura que asomó sobre sus labios infantiles le señaló el camino del deber: ara y escuela, viacrucis y remanso al mismo tiempo.

En los periódicos *La Regeneración* y *El Patriota*, a raíz de la Restauración, escribe las primeras gacetas.

Luego escribe en *El Sol*, modesta hoja que en 1868 publicaba el poeta Francisco Javier Angulo Guridi en una pobre imprenta del barrio de Santa Bárbara, solar de Duarte, en cuyo ambiente recogiera ese misterioso hálito, mezcla de unción y de leyenda, que deja tras de sí el paso de los grandes.

Cuando Buenaventura Báez proyecta anexar la República a los Estados Unidos, Federico Henríquez escribe su *Correspondencia sobre la situación política*, en *El Pabellón Dominicano*; y cuando Báez desciende del poder, entonces forma parte del cuerpo de redacción del importante vocero *El Nacional*, amplia hoja plena de edificante lectura, órgano de la Sociedad *La Republicana*. A la vez publicábase *La Opinión*, periódico de la Sociedad *La Juventud*. El maestro fué Presidente de ambas sociedades, y en ambos periódicos prestaba su concurso: en el primero tenía a su cargo la sección titulada *Ecos*; en el segundo, *Repercusiones*, porque casi siempre se referían al mismo tema tratado en *Ecos*. *La Opinión* vivió hasta poco después de la caída de Espaillat, de cuyo gobierno era adepto fervoroso.

Huellas de su pluma encontramos en *El Sufragio* y en *El Pueblo*, periódicos electorales de José Joaquín Pérez; y en la *Gaceta Oficial*, que tuvo a su cuidado durante la interinidad presidencial de Luperón y en los primeros meses del Gobierno de Meriño.

En 1881, como estrella de la anunciación en aquellos tiempos llenos de niebla, nació *El Mensajero*. En este periódico, digno de ese nombre porque cada una de sus hojas llevó siempre mensajes de luz y de concordia y de amor por toda obra de bien patric, llegó a su culminación la labor periodística del esclarecido prócer. Es un periódico,

que es un hombre. El hombre bien lo conocemos; pero el periódico, apenas conocido por nuestra generación, de publicarse ahora sería para orgullo de la prensa americana. En él está de pie frente a los desaciertos y orientando hacia claros derroteros el sereno periodista en cuya palabra vibraban siempre acentos apostólicos. *El Mensajero*, según aquel Maestro de la política que fué Manuel María Gautier, era el mejor periódico de la República.

Para el sombrío Lilís ya era larga e insidiosa la vida de *El Mensajero*: los pesados portales de la histórica puerta de Carlos III, como el rastrollo de un castillo feudal, se abrieron al paso taciturno de un hombre que ennoblecía la cárcel.

¿Qué hizo el Maestro entre presidentes y otros hombres de armas? En algunas conciencias hubo entonces la luz de que hablaba el señor Hostos. *El Sol* le baña el rostro cuando el canchero le vuelve la libertad, recuperada sin menoscabo de su hombría.

Paréntesis. Expectación. En su espíritu no cabe la inacción, como en el hueco de la mano no hay sereno espacio para la gota de agua persistente. Funda entonces la excelente revista *Letras y Ciencias*. Ciencias y letras, tienen ahí, en los últimos diez años del siglo diez y nueve, el más acogedor amparo: en tan precioso huerto está la flor de la producción literaria de la época; de Salomé Ureña, de José Joaquín Pérez y de Gastón Deligne, edad de oro de la literatura quisqueyana.

Letras y Ciencias tuvo su ocaso lamentable cuando las necesidades de la Patria llevaron al Maestro a la tierra conquistada por el antiguo Corregidor de Azua.

El retorno es el comienzo de la nueva labor; ahora en compañía de Hostos, en la resplandeciente hoja *El Normalismo*, órgano del pensamiento y de la luz, como eran otros órganos del rutinarismo o de la religión descaminada.

Más tarde, el Maestro es alma de la espléndida revista *Ateneo*, como lo fué hasta hace poco de la revista *Clío*, que es la mejor prenda de la asombrosa vitalidad de su carne y de su espíritu.

Pero el Maestro no limita sus actividades periodísticas a la prensa nacional: colabora en *Patria*, el periódico de José Martí; en *El Cojo Ilustrado*,

de Caracas; en *El Figaro* y en la *Revista Contemporánea*, de La Habana; en *El Cubano Libre* y en *El Diario de Cuba*, de Santiago de Cuba; en la *Revista de las Antilas*, de San Juan de Puerto Rico.

Si basta esta ligera mención de los principales periódicos que fueron palestra honrosa del Maestro, basta también hablar sólo de los tres grandes ideales a que ha consagrado sus largas luchas periodísticas: el *Antillanismo*, la libertad de Cuba y el nacionalismo dominicano. Tres grandes ideales y en el corazón un sólo sentimiento, que por un sólo tallo se sustenta el trébol.

Complemento de su vida de periodista fué su vida de orador, no de la tumultuosa tribuna política, sino de la puramente civilista y doctrinaria, en la que se distinguió desde la mocedad. Sus piezas oratorias son elogios de héroes y de hombres de letras, manifestaciones culturales, afanes nacionalistas, páginas de historia cívica en que ponía siempre el corazón más que el pensamiento. Por eso sus admirables y sinceras improvisaciones conquistaron tanto aplauso.

Gran difundidor de cultura, le llamó su ilustre sobrino el humanista Pedro Henríquez Ureña. En efecto, pocos dominicanos han hecho tanto, en todo cultural empeño, como el ilustre amigo de Martí. En periódicos, en revistas y libros siempre se dió a la noble tarea de dar a conocer la producción intelectual nuestra así como la extraña. De ahí que su nombre haya sido el de mayor renom-

bre fuera de su patria, salvo, en nuestros días, el de Henríquez Ureña, cuyo sepulcro acaba de abrirse. —11 de mayo de 1946,— en la lejana Buenos Aires.

La vida de Federico Henríquez y Carvajal abarca todas las actividades del intelecto en la República: maestro, periodista, juez, Secretario de Estado, legislador, abogado, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, Rector de la Universidad, Presidente de la Academia de la Historia, Presidente de diversas corporaciones, Director de la Escuela de Bachilleres, miembro de academias y de ateneos, galardonado tantas veces en el país y en el exterior, y autor de no escasas obras tanto en prosa como en verso (*).

La llama de su espíritu está aún encendida, vencedor del desencanto, no obstante la noche de sus ojos. Cerca de un siglo y todavía en plena lucidez, tiene el mismo interés de antes y experimenta el mismo gozo por las cosas del pensamiento.

(*) Acerca de su vida y de su obra, véase, particularmente, Vicente Lloréns Castillo, *Antología de la literatura dominicana*, vol. 18, p. 243-246, de la Colección Trujillo, (Santiago, 1944), dirigida y nominada por M. A. Peña Batlle; Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Río de Janeiro, 1945; y nuestra compilación, *Hostos en Santo Domingo*, C. T., 1939-1942, 2 vols. Además de los libros de Henríquez y Carvajal citados en estas tres obras deben mencionarse dos publicaciones recientes del Maestro: *Duarte, próceres, héroes y mártires de la independencia*, C. T., 1944, 243 p.; y *Martí, próceres, héroes y mártires de la independencia de Cuba*, C. T., 1945, 342 p.

DISCURSO DE FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL PRONUNCIADO EN EL BALUARTE, EN EL ACTO DE TRASLACION DE LOS RESTOS DE MELLA, EL 27 DE FEBRERO DE 1891.

Venciste, ¡oh Dios, qué gloria!
Venciste, ¡Patria!, y tu preclaro nombre,
con destellos de luz graba la historia
y le tributa admiración el hombre.

Salomé Ureña de Henríquez.

Conciudadanos:

Alzad, —ya que os anima y mueve el sacro espíritu de la Patria— alzad el corazón a la altura de la Independencia, cuyo augusto símbolo es esa cruzada tricolor bandera, la de nuestras glo-

rias, y cuya síntesis de piedra es el histórico Baluarte que en este acto —¡inmerecida honra!— me sirve de tribuna excelsa.

Alzad el corazón y oíd, conciudadanos:

"En el nombre de la santísima, augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipotente; juro



y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una república libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana; la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos encarnados y azules, atravesado con una cruz blanca. Mientras tanto seremos reconocidos los Trinitarios con las palabras sacramentales: "Dios, Patria y Libertad". Así lo prometo ante Dios y el mundo. Si tal hago, Dios me proteja; y si no, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición si los vendo".

Acabáis de oír el voto de conciencia, cuya fórmula se le debe al Fundador de la República, que en memorable día —el primero en el génesis de la Patria— hicieron los jóvenes Trinitarios, puesta la fe en la justicia de su causa y la esperanza en el infatigable heroico despertar de todo pueblo histórico.

Mella fué de aquel núcleo de patriotas convencidos, de aquella legión de zapadores esforzados.

Juró, por su honor, consagrarse, todo él, al servicio de la redentora idea, y vedle cómo, desde que se inicia el laborioso período de la propaganda, despliega la enérgica actividad de su espíritu en la difusión del pensamiento revolucionario y en la conquista de futuros próceres y héroes y mártires de la Independencia Nacional.

El Cibao fué campo de acción. No lejos del Yuna estaba el misionero separatista, cuando la delación artera pretendió que abortase el plan revolucionario. Y mientras el Jefe de la Revolución se libraba del cadalso, merced a previsor ostracismo, iba Mella, en cuerda de presidio, a purgar en inmundas mazmorras el feo delito de ser patriota y ser dominicano.

A poco, restituído al goce de aparente libertad, recorría los comarcas del Sur, infundiendo, con la suya robustísima, la fe en el triunfo de la noble causa.

Luego...

*¡Oh fausto y glorioso día!
El sol de la independencia
se alzó radiante en "El Conde"
y disipó las tinieblas
que condensara fatídica
dominación extranjera.*

*"Aquí" nació la República
de toda mancilla ajena,
hermosa como una virgen
scñada por los poetas,
la frente viril ceñida
de mirto y laurel austera,
vibrando palmas de triunfo,
heroica sobre la arena,
benigna si vencedora,
de dicha y paz mensajera.*

*"Aquí" nació de los libres
la Patria gentil y bella.*

*"Aquí" se entrevió sin nubes
el porvenir de Quisqueya (*).*

Saludemos, compatriotas, la prístina aurora espléndida de la Patria libre.

¡Gloria al magno 27 de Febrero de 1844!

Sobre este Baluarte, Sinaí de los derechos inmanentes del pueblo dominicano, proclamó Sánchez la independencia nacional, y tremoló Mella, con mano viril, el lábaro de las futuras insignes victorias de la República. Aquí, apacentando su espíritu en un mismo purísimo ideal, acendrando su conciencia incontaminada en el deber del sacrificio, asociando el prestigioso nombre del iniciador al feliz alumbramiento de su salvadora idea, aquellos jóvenes abnegados debieron, sin duda, repetir el juramento de los Trinitarios, el voto concienzudo de inmolar reposo y bienes y hogar y juventud y vida en aras de la Patria independiente y soberana.

Y lo cumplieron.

Seguid a Mella, ora como soldado en ambas guerras reivindicadoras, o ya como ciudadano de la República, y le veréis descollar por sus superiores dotes de carácter.

Espíritu organizador, actividad infatigable, valor indómito, lealtad caballeresca, legendaria

(*) De un romance del autor.



intrepidez y probidad íntegerrima—, lo que vale decir: virtuoso patriotismo—, informaban los organismos morales de su naturaleza, forjada en el molde escultórico de los héroes.

¿Organizador?

Acababa de firmar, como presidente de la Junta Central Gubernativa, en el día tercero del advenimiento de la República, el decreto de llamamiento y de honores al Padre de la Patria, y fué para el Cibao, como delegado del gobierno, puesta la mira en la organización militar de aquel departamento.

Y organizaba la defensa de Santiago, al aparecer de súbito, en formidable actitud bélica, el ejército invasor del noreste en las inermes comarcas cibaenas. A no ser por su celosa actividad organizadora, que le condujo a diversos lejanos puntos del Cibao en solicitud de elementos para la lucha, suyos habrían sido los inmarcesibles laureles del triunfo que obtuvo para sus sienes otro invicto héroe en la célebre gran batalla del "30 Marzo".

¿Activo?

Una brigada de los vencedores en "Talanquera", destacada por él del triunfante ejército del Norte, cruzó la virgen cordillera y el valle de Constanza para caer en el de La Maguana y coadyuvar a la reocupación de Azua por Duvergé y al contrapronunciamiento de Neiba por Tabera.

Años después, como ministro de la Guerra en campaña, creó y organizó el general Ramón Mella la estratégica, quizás inexpugnable, original trinchera del "Duro" famosa en los fastos de la Restauración.

Su valor solía rayar en épica altura.

¿No le veis, al iniciarse la tercera campaña de la Independencia, siendo Jefe de operaciones en "Las Matas", disparar por su propia mano el último cartucho, clavar la artillería, e invertir once días en bizarra retirada, salvando su división, hasta hacer firme en el "Paso del Jura?"

Emulo fué allí de Xenofonte.

"Sabana del Pajonal", "Cañada-honda" y

"Jura" pregonan su denuedo y heroísmo: "Las Carreras", su briosa intrepidez.

De su lealtad y su adhesión a Duarte responde su proclamación, en el Cibao, como presidente de la República, en aquella hora triste en que reaccionario personalismo pugnó por imponerse, como se impuso, en daño de la fraternal armonía de los próceres y soldados de la recién nacida República.

Pulcritud fué su divisa al pasar, con manos puras, por el ministerio de Hacienda; y probidad su escudo, cuando sostuvo con el gabinete de Madrid gallarda justa diplomática en pro del reconocimiento de la nueva entidad política del archipiélago antillano.

De ruda lealtad y de modestia altiva dió prueba elocuente en excepcional momento histórico:

Eran los días de la falaz matrícula (*), iniquidad e ignominia, explotada por el odio o el despecho del personalismo de abajo, consentida por el miedo o el error del personalismo de arriba, que puso en inminente riesgo la nacionalidad, que minó por sus cimientos la que debía ser base inmovible del Estado.

Cerníase abrumador desprestigio sobre el gobierno. La crisis culminaba. Vientos de tempestad agitaban desenfrenados la atmósfera política. ¿Cómo descargarla del fulmíneo rayo que en su seno se escondía?

Sonó esta palabra, dictadura.

Pero... ¿Y quién el dictador?

De algunos labios, de algunos corazones tal vez, salió el nombre del patriota general Mella.

¡Imposible!

Su desasimiento del poder público, su altivez republicana, su respeto a la ley, su culto a las doctrinas democráticas, le vedaron asumir las responsabilidades históricas de la dictadura.

¿Obró bien? ¿Obró mal?

(*) Se refiere a la matrícula de nacionalidad abierta por el cónsul español Segovia, en la que, con el pretexto de librarse de persecuciones políticas, se inscribieron numerosos dominicanos, creando así una difícil situación al Gobierno.

No sería temerario inducir que su negativa no turbó jamás la estoica serenidad de su conciencia.

La anexión inconsulta le halló en su puesto: el que le señalaba el índice inexorable del deber.

Mella, Trinitario, debía esforzarse por impedir que extraña enseña sustituyese a la invicta de Febrero. Y se esforzó, arrojando excusas o consejos de cobardía, e iras o conminaciones de muerte; pero la fulgurante estela de su espada se apagó en el abismo de estupor que el hecho insólito produjo.

No se arredró por ello.

Soldado de austera disciplina, quedó de pie, arma al brazo, oído alerta, presto a acudir al toque de la diana, resuelto a disparar el primer tiro de alarma y a vencer o morir en nueva nacional contienda.

Y cuando Capotillo, montaña vengadora, surgió de lo ignoto, como amasada y animada con la ubérrima sangre del triple calvario de San Juan y Moca y Santiago, y el fuego de sus entrañas y de su cumbre prendió en la homérica ciudad de los Caballeros—¡supremo holocausto del patriotismo!—y el Cibao estalló en ira de apocalipsis, ¡ah! apareció Mella, como apóstol y soldado, en el tremendo escenario de la guerra restauradora.

En él estuvo, multiplicándose por su actividad y su energía, hasta caer exánime en el redimido jirón de suelo en que ondeaba la bandera de la Patria.

El vaso fuerte que contuvo aquel espíritu fortísimo, se rompió a destiempo bajo la ponderosa presión de una existencia de sacrificios, o por efecto de las asfixiantes temperaturas del dolor.

Murió el patriota insigne en lo más recio de la cruenta lidia, y es fama que desde su lecho de agonías, en el delirio de la fiebre, seguía con ansiedad extrema las varias peripécias del desigual combate.

—“Aún hay patria”,— se le oyó balbucir, muriendo—. “¡Viva la República Dominicana!”

Y se envolvió, como el mártir perillustre del Cercado, en un sudario de redención y de gloria: la bandera nacional.

De Santiago —la egregia restauradora—, en donde yacían los despojos mortales del prócer, llegan hoy en procesión cívica triunfal a Santo Domingo —la emancipadora eximia—, por iniciativa de la benemérita sociedad patriótica “Hijos del Pueblo” y por la voluntad de la nación agradecida, para ocupar tumba de honor en la Capilla de la Catedral Primada, que la piedad y el patriotismo han convertido en el Panteón del Fundador, del Caudillo y del Adalid de la Independencia.

Mella, como Sánchez, como Duarte, es digno de la apoteosis que en este día, 47º aniversario del advenimiento de la República, le consagra la gratitud reflexiva y edificadora de sus compatriotas, porque él fué servidor —de robusta fe, de superior civismo, de convicción profunda, perseverante y abnegado— de la Patria Dominicana; porque él es un óptimo ejemplo de virtudes eminentes, como patricio y ciudadano.

Id, venerandos restos del Adalid preclaro, que, al pasar por el Baluarte Cuna de la Independencia, ungido ya como el preeminente monumento histórico de la República, acaso habéis palpitado de providencial emoción patriótica; id a descansar en el sagrado templo, en la capilla de los inmortales, mientras el espíritu del bueno que os animó en el mundo arroba nuestras almas y entra y se exulta en el templo augusto de la inmortalidad.

En el uno te esperan, dominicano ilustre, el maestro de ideal y de patria y el maestro de nacionalidad y de martirio... en el otro te aguarda, para laurearte con las palmas que se disciernen al máximo deber cumplido, la justiciera Musa de la Historia.

EUGENIO DESCHAMPS

1861-1919

Fué Eugenio Deschamps el más elocuente y ardoroso tribuno de su tiempo, bien propicio al desarrollo de sus admirables facultades oratorias: la tiranía de Ulises Heureaux, de la que fué ardiente opositor y también víctima, y luego la infuasta época de las revoluciones subsiguientes a la muerte de Lilís, que tuvieron como término fatal la ocupación norteamericana de tan negros recuerdos. Ya en 1885 le llamaban en Santiago "el tribuno popular". En todos sus escritos hay vibrante énfasis oratorio.

Tuvo vehementísimo temperamento de combatiente, puesto a prueba en la tribuna, en sus largos destierros, en su audaz participación en más de una revolución y frente al mercenario asesino pagado por Heureaux, a punto de arrancarle la vida. En uno de esos prolongados exilios y en una de las pequeñas islas antillanas refugio de rebeldes, se encontró con José Martí, a quien conocía desde Nueva York. El Apóstol cubano, que acababa de pasar por Santo Domingo, a fines de 1892, le dijo estas palabras memorables: "Cuando entré a caballo a la capital de Ud., me saludó don Manuel de Jesús Galván, su compatriota, con esta extraña exclamación: *He ahí lo que faltó a la América hasta ahora: el pensamiento a caballo*".

La vida pública de Deschamps se inició bien temprano, en su pueblo natal, en 1883, en la dirección y redacción de *La Alborada* y luego del excelente periódico *La República*, preciosa canteira para el conocimiento de su obra literaria y de sus nobles actividades juveniles, animadas por las ideas liberales de la época en pugna con las caducas normas del santanismo que comenzaban a resurgir con Ulises Heureaux (1) Es que era

(1) *La Alborada*, periódico independiente, fué fundado por Deschamps en Santiago el 29 de abril de 1883. La última edición, N° 10, es del 31 de julio del mismo año. Con una hoja suelta del 2 de agosto se despidió Deschamps del estadio de la prensa. Pasada la crisis política, fundó *La República*, cuyo primer número apareció el 20 de septiembre de 1883. Esta vez el periódico de Deschamps llegó hasta el N° 69, del 24 de junio de

digno discípulo de su tío y maestro don Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Su actitud le valió el destierro, del que volvió en 1899, a la muerte del tirano.

Deschamps desempeñó importantes funciones públicas: Secretario de Estado de Correos y Telégrafos, de Relaciones Exteriores, de Hacienda y Comercio, de Guerra y Marina, y de Fomento y Obras Públicas, en 1899-1900; Gobernador de Puerto Plata en 1900-1902, y Vicepresidente de la República en 1903. En 1899 fué electo Diputado pero no llegó a ocupar su curul.

Pocos oradores dominicanos fueron tan aplaudidos como el valiente opositor de Lilís. Sus discursos, breves, brillantes, sonoros, tenían acento de arena militar.

Su bienvenida a Máximo Gómez es una de las piezas oratorias más recordadas entre nos-

1885: el 28 de junio se dictó en Santiago orden de prisión contra él, por sus escritos contra el régimen político, lo que dió por resultado la desaparición de *La República*, viéndose el valiente periodista en la necesidad de ocultarse y de disponerse a huir hacia el exterior. Fué este vocero uno de los mejores que tuvo el país: en él colaboraba asiduamente, en sus tiempos juveniles, Federico García Godoy, entonces dedicado tanto a la prosa como al verso. Deschamps colaboraba en el periódico de F. Augusto González. —órgano de la Sociedad política *La Trinitaria*, de Santiago.— *El Derecho*, cuyo primer número apareció el 1 de enero de 1885. La persecución contra Deschamps también fué de las causas de la desaparición de *El Derecho*, que salió por última vez con el N° 15, el 14 de agosto de 1885. La labor periodística de Deschamps fué bien extensa y agitada. En la Isla hermana de Puerto Rico dirigió otros periódicos: *Correo de Puerto Rico*, *La República*, la revista *Alma Antillana*, fundada por él en San Juan, P. R., en 1909. Colaboró en revistas y periódicos dominicanos: en *Letras y Ciencias*, y desde 1897 en *Listín Diario*, S. D., en cuyas ediciones literarias del lunes se publicaron trabajos exclusivamente de esa índole. A la muerte de Lilís estaba en Ponce, donde hizo intensa vida cultural. Llegó a Santo Domingo el 5 de septiembre de 1899, jubilosamente recibido. Sin tardanza comenzó a publicar artículos políticos en el *Listín Diario*: *Arma el brazo* (20 y 21 sept. 1899); *Rasgos negros* (22 sept.); *En resumen* (23 sept.); *Rectificando* (25 sept.); *Carta a M. A. Garrido* (12 oct.); *A la juventud de Santiago* (23 oct.); *Despedida* (8 nov.). Salió entonces para Puerto Plata; *A mis amigos* (24 nov.); *Dualismo clásico* (11 abril 1900); *A Azua* (9 mayo). (En 1916 fundó y dirigió en San Pedro de Macoris con Luis Amiana, *La hoja suelta*).



otros; no hay generación juvenil dominicana que no la conserve en la memoria. (2)

El gran tribuno, periodista y político, patriota ferviente, liberal y progresista, nació en Santiago de los Caballeros en 15 de julio de 1861 y murió

(2) Publicó varios opúsculos: *Réprobo, contra Heureaux* (Puerto Rico, 1897); *Esbozo de una idea* (Monte Cristy, 1889); *Juan Morel Campos* (Mayagüez, 1898); *A las sociedades políticas* (Monte Cristy, 1888); *Contra Roosevelt* (1909); *Mi raza* (Nueva York, 1911); *Inri* (Nueva York, 1903); *Notas y reflexiones sobre nuestros límites occidentales* (Monte Cristy, 1889); *Discurso de bienvenida a José de Diego* (Santo Domingo, 1915); *Ecós tribunicios* (Puerto Rico, 1902); *En la tribuna*, colección de discursos, obra inédita. Acerca de Deschamps, véase: Rufino Martínez, *Hombres dominicanos* (Santo Domingo, 1936, vol. I, p. 10, 12, 13, 26, 30-34, 41, 45-56, 62-65, 117, 130, 260); Rafael A. Deligne, artículo en *Listín Diario*, S. D., 19 dic. 1899; A. Lugo, *Bibliografía...* p. 107; Víctor M. de Castro, *Del ostracismo...* p. 18; Lorenzo Despradel, *Eugenio Deschamps en Hélices* (Santiago, Nº 1), tomado de *Panfilia* (S. D., 30 enero 1924) y reproducido en *Colección Trujillo*, vol. 18; M. A. Amiama, *El periodismo en la República Dominicana...* p. 54-56, 59, 65, 79; Federico García Godoy, artículo en *De aquí y de allá* (S. D., 1916); Luis Magán (Luis E. Lavandier), artículo en *Listín Diario* (S. D., 20 nov. 1919); Vigil Díaz, *Plinto fúnebre*, en *Cosmopolita* (S. D., 1919); Max Henríquez Ureña, *Memoria de Relaciones Exteriores correspondiente a 1932* (S. D., 1933, p. 85); Vicente Lloréns Castillo, *Antología de la literatura dominicana*, vol. 18, p. 361-367, de la *Colección Trujillo* (Santiago, 1944), dirigida y nominada por el Lic. M. A. Peña Batlle; Lorenzo Artirola, *Eugenio Deschamps*, en *El Derecho*, Santiago, Nº 7, 31 marzo 1885; y Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Río de Janeiro, 1945, p. 137, 249, 274, 277, 287, 302, 307.

En razón de reproducirse aquí todos los discursos de Deschamps que figuran en su opúsculo *Ecós tribunicios* y para que la reedición sea completa, se transcriben también sus palabras liminares: "Al lector. En 1899, cuando volví a mi país, hacía trece años y tres meses que había salido

ne la misma ciudad el 27 de agosto de 1919. Fueron sus padres don Eugenio Deschamps y doña Natividad de Peña de Deschamps. Su nombre es digno de grata memoria. Fué, como ha dicho Vicente Lloréns Castillo, "el tribuno por excelencia de su tiempo, en cuya palabra hay siempre ardor, brío, rotundidad y grandilocuencia".

yo de Santiago de los Caballeros, mi pueblo natal, perseguido de muerte por el despotismo que se enseñoreó por cerca de tres lustros de la sociedad dominicana. Durante este largo período de tesonera rebeldía estuve entrando a balazos al suelo de la República o escribiendo en todas las playas el proceso del autócrata. Estos trece años de destierro consumieron los mejores días de mi combatida juventud, como que no tenía barbas todavía cuando empezó el dolor. De pronto, el tirano cayó para no levantarse más, y yo volé a mi tierra. Jamás hubo proscripción que se embriagara más con los inefables deleites de la vuelta. Durezas de lo pasado, alegre juventud dejada atrás, sangre derramada en el dolorosísimo vía crucis, tristezas que parecieron un día eternas, luto, dolores, angustias, desesperaciones, todo se deshizo, como horrible pesadilla que pasó, al sentir bajo mis plantas, aparentemente redimida, la gloriosa tierra de mis padres. Era aquello un como fecundo sentimiento de renovación que se deshacía dentro de mí ser en himnos indistintos a la patria y a la libertad. De ahí, estos ardientes esbozos arrojados a toda hora, en plazas y salones, como gritos de triunfo o como exclamaciones de esperanza. Ahora apuro otra vez, con mano firme, las acerbas copas del absintio; y en medio del perpétuo dialogar con mis desilusiones y mis dudas, hacia atrás vuelvo, sin cesar, los ojos, a apacentarme deliciosamente en el recuerdo de aquel puro y fulgurante amanecer. De ahí, la publicación de estos arranques, sin más presunción, ni más ciencia, ni más arte, que los de entrañar ardimientos espontáneos de un corazón entusiasta, y votos honrados de una conciencia sincera. La modesta obra es afectuoso recuerdo que mando a mis amigos, y débil tributo de amor a la radiante primavera moral de aquellos grandes días". EL AUTOR. San Juan, Puerto Rico, Octubre de 1902.

DISCURSO DE E. DESCHAMPS EN LA CELEBRACION, EN SANTIAGO, DEL 27 DE FEBRERO DE 1885 (*)

Señoras, Señoritas y Señores:

Me levanto, lamentando, como en pasados años con todas las fuerzas de mi alma, mi debilidad y mi pobreza intelectuales, que no corresponden, ni a la asamblea, respetable e imponente, en cuyo seno alzo la voz, ni a la excelsitud portentosa de este día, en que ambiciona el espíritu imaginar de un modo fiel las indescribibles hermosuras de

nuestra fecunda naturaleza; beber en los rayos de nuestro siempre ardiente sol, arrebatadora inspiración; desceñirse los lazos de la brutal materia, surcar, en vuelo rápido, los azulados espacios, aprender, por misteriosa insuflación, los cánticos divinos por los habitantes de los cielos entonados, y así, enriquecida la inteligencia con tan variadas y sublimes impresiones, volver aquí, no a pronunciar frases débiles y irías, sino a entonar himnos cuyas notas, al conmovir y arrebatarse el corazón de los que oyen, atraigan hacia aquí, regocijadas a las sombras de esas legiones de heroicos adalides que compraron, a costa de sangrientos sacrificios, la libertad de que enorgullecidos blaso-

(*) Esta es una de las primeras piezas oratorias de Deschamps, quien contaba entonces 24 años. Se publicó en el periódico *El Derecho*, Santiago, Nº 6, del 15 de marzo de 1885. En el periódico *La República*, Santiago, Nº 1, del 20 de sept. de 1883, aparece el discurso pronunciado por Deschamps con motivo de la primera misa del Pbro. Emilio Santelises.



namos; himnos que constituyan magníficas protesta de que si, ignorantes, nos hemos dado a destruir alguna vez su obra sublime, hay en el corazón de los patriotas inmenso amor, inmensa adoración para esa obra de titanes comenzada en el legendario 27 de febrero. Es que esta fecha, señores, es para mí lo más grande que ha contemplado mi inteligencia en la patria; es que yo no olvido que es ella el principio de nuestra dignidad y nuestra gloria; que por ella vivo con la frente alzada y la conciencia altiva, libre y digno; y que viven por ella, los seres a quienes amo, dignificados y libres. Mis padres, en quienes he sufrido yo todas las amarguras, todos los vejámenes, todas las humillaciones del esclavo, no se pertenecían; unas hordas lanzadas desde Occidente, habían hollado con su planta sacrílega nuestro hermoso territorio, y cual aquellos pueblos que en remotos tiempos destruyeron al más poderoso de todos los imperios, las haitianas hordas suplantaron cuanto había constituido el orgullo y la grandeza de mis padres: tradiciones, hábitos, idioma, legislación, nacionalidad, por cuanto después hubo de odiado, por sus tradiciones, sus hábitos, su idioma, su legislación, su nacionalidad, en fin, odiosa y maldecida. Mas, de en medio de tan espantosa necrópolis surgió un día en que unos hombres benditos, queriendo lavar tanto baldón, alzáronse soberbios, congregaron a mis antepasados y encendieron en sus infamadas frentes la aureola de la libertad.

¡Y qué grandes, señores, aparécen a mis ojos esos hombres que apretaban en las manos el rayo que destruía las legiones de los opresores, y llevaban en la inteligencia el genio que redimía a los oprimidos! Señores: en el mundo de la inteligencia hay cosas hermosas, cosas magníficas, ante las cuales el alma se embelesa; resaltan en la vida de los pueblos acciones asombrosas que despiertan en el corazón de las generaciones respeto y amor; empero nada hay tan hermoso ni magnífico; nada que subyugue con más fuerza a nuestro espíritu, como el hecho sublime de crear, de ilotas, hombres libres, de hacer aparecer algunos hombres por su querer tan sólo, el vívido sol de la libertad, en el cielo de pueblos que se agitan en la noche tenebrosa de la servidumbre.

Mirando con los ojos de la imaginación a esos espíritus preclaros a cuya omnipotente voluntad

brotó, engrandecida por la independencia, la República Dominicana; contemplándolos en medio de la eterna luz que los circunda, paréceme descubrir las sombras del enojo en su semblante como si quisieran pedir cuenta a sus libertados del torpe empleo que dieron éstos al don bendito de la independencia, y como si retrataran en sus facciones divinas la desesperante incertidumbre que tortura el espíritu de todo pensador, sobre el problema de nuestra existencia libre y autonómica, allá en las densas brumas del futuro.

Bajo la influencia de esas airadas, aunque simpáticas visiones, quiero demostrar que nada han hecho por corresponder a los esfuerzos de los hombres de la independencia las generaciones que sucedieron a la generación ilustre que se cubrió de imperecedera gloria, proscribiendo a los opresores de la patria; demostrando al mismo tiempo la necesidad en que está el pueblo de tomar extraño rumbo al que siguió, y entrar de lleno en horizontes bañados por nuevo sol y nuevas brisas, como infalible medio de salvar de naufragios espantosos el legado precioso de la independencia.

¿Qué hemos hecho? ¿Cuáles han sido nuestras hazañas en el sentido de continuar la obra gigante principiada en el baluarte del Conde, esa eminencia grandiosa que señalará a los siglos el punto de partida de nuestra grandeza y nuestra gloria? El alma se llena de dolor al confesarlo. Nos hemos conformado con muy poco; hemos reclinado la cabeza sobre el haz de los laureles que nuestros antepasados conquistaron; hemos creído que bastaba contar progenitores ilustres y que llegaban hasta nosotros los reflejos de su gloria. Insensatos! Olvidamos que, para vivir dignificados, es preciso llevar una vida de virtud que sólo escuelas corrompidas y decrepitas, las escuelas de la nobleza y de los reyes, pueden fundar la dignidad humana, no en las virtudes del presente, sino en los blasones del pasado.

Plugiera al cielo, sin embargo, que en eso, y no más, consistiera nuestro error. Por desgracia, no son sólo errores, son crímenes, horribles crímenes, los que hemos cometido en el espacio de cuatro décadas sombrías. Miradlo. El opresor había sido proscrito del suelo de la patria; a los esfuerzos desplegados por realizar tan espléndido ideal, de-

bieron haber sucedido los esfuerzos por fortalecer el alma de la virgen que surgía, coronada de laureles, de forma que el verdugo de Occidente no mancillara de nuevo su pudor, haciéndola sentir en su rostro la impureza de su aliento. ¿Y qué sucedió, señores? ¿Cuál fué el cuadro que ofreció esta perla que engalana la hermosa joya de la América? ¡Ah!... la envidia, el egoísmo y la ambición alzaron su siniestra frente, llevando la amarga copa del martirio a los mismos labios que se habían abierto para pronunciar las mágicas palabras ¡Patria y Libertad! esas frases creadoras a cuyo magnífico acento, se alzó el dominicano de entre la crápula de la servidumbre, como al magnético *Fiat Lux* brotaron luminosos, de las profundidades del caos los mundos y los soles. A partir desde la época en que se despertaron esas odiosas pasiones, ya nada nos detuvo, y colocados en la pendiente de las guerras fratricidas, vinimos en vertiginosa carrera a llegar donde llegan los pueblos que olvidan el derrotero que les ha trazado el dedo de la Omnipotencia: a la sima de la miseria, de la abyección y de la muerte! Perdimos, señores, nuestra nacionalidad, es decir, nuestra dignidad y nuestra vida, arrojando hecha girones, a los pies de un trono despiadado; la enseña que, concebida por los dioses de febrero, había flameado, en cien y cien combates, al viento redentor de la victoria. Afortunadamente, los pueblos, como Lázaro y el Cristo, tienen siempre sus resurrecciones, y la muerte de los pueblos es como una prueba terrible que el cielo les envía para enseñarles que, en los errores y en los crímenes —ya en los individuos, ora en las naciones— la justicia del cielo es infalible. Después de dos años de vergüenza, pues el pendón glorioso de la cruz, ondeó de nuevo en las cumbres de nuestros castillos, lavando un tanto esa acción de imperecedero renombre el padrón de ignominia que oscureciera nuestra frente.

Empero, ¿bastaron, señores, los esfuerzos y sacrificios de los hombres de la restauración para desenojar a los creadores de la República del 44? Y, ¿por qué, pregunto yo, sin vacilar, cuando a las acciones, inmortales por su grandeza y hermosura, sucedieron hechos inmortales también, por su bárbara fealdad? La Restauración nos trajo el goce de la herencia que testó SANCHEZ en el Conde, con la punta de su espada; mas engendró una pléyade de caudillos ignorantes, inconscientes y bru-

tales que, creyéndose con todos los derechos, y sin la obligación de sujetarse a los correlativos deberes, emplearon en tiranizar al pueblo redimido, la misma victoriosa espada a cuyos tajos se habían replegado a sus cuarteles de Cuba y Puerto Rico las denodadas huestes españolas. Y yo no sé, señores, qué es más indigno y despreciable, si vivir regidos por extrañas leyes, bajo la influencia de civilizaciones poderosas, o balbucear torpemente irrisorias palabras de mentida libertad, permaneciendo de rodillas, ante groseros y estúpidos caudillos!... Pues eso último, cabalmente, es cuanto ha sucedido entre nosotros, y ya lo habéis visto, vosotros, que todos conocéis nuestra corta, pero sangrienta historia; vosotros, que, o mordisteis, como mis padres, los cartuchos que se dispararon contra los compradores de naciones, o nacisteis y os criasteis, como yo, respirando unos ci-res impregnados del dolor de la sangre y de la pólvora, vertida la una y consumida la otra en aras de infames ambiciones; ya lo habéis visto, no hubo tregua hasta ayer ni un sólo instante, y no hemos santificado la obra gloriosa de los héroes, sino con una serie horrible de acciones vergonzosas, en que resaltan los encarcelamientos, las proscripciones, las dictaduras, la profanación de los congresos, los incendios, el levantamiento continuado y caprichoso de los jefes, los cadalsos alzados en todos tiempos a millares, y después de todo, el empobrecimiento de los tesoros del Estado y la riqueza, y el poder, y la opulencia; y el escándalo y el inconcebible cinismo de los principales actores!

Ahora bien, señores: contemplando tan luctuoso cuadro, se revuelve ansiosa la mirada del espíritu, en busca de horizontes nuevos en que se espacie nuestra vista. Y no cumplirán, como buenos, los patriotas, si no llenara tan noble aspiración su vida entera. Si echamos a divagar el pensamiento por el espléndido campo de las ciencias, hallaremos en todos sus ramos confirmada la verdad de que han nacido los hombres para vivir, como ciudadanos, libres en el Estado, y constituídos en Estado, libres en el mundo.

La fisiología, señores, declara iguales a los seres con igualdad irrefragable; y si hacemos abstracción del estudio, de las condiciones concretas de los seres y, pasando por el imperio de la estética, que nos hace iguales en el sentimiento, nos abis-



mamos en los abstractos dominios de la psicología, que anima y annoblece la materia, reconociendo la impalpable esencia del espíritu. reconoceremos, ah! señores, que en esa esencia divina campea —aterrando a las escuelas del pasado, que basaron la sociedad en división profunda— campea, señores, unidad de origen, unidad de gustos, de aspiraciones y facultades, tan indivisible, tan compacta, como compacto e indivisible es el espíritu de Dios, de cuya mano omnipotente brotó. uno y eterno, nuestro espíritu! Eso es directamente en cuanto al hombre, e indirectamente en cuanto al pueblo, que es una personalidad constituida por cien mil personalidades; un espíritu grande, poderoso, infinito, compuesto por cien mil libres espíritus!... La libertad es, pues, tan necesaria al hombre como al pueblo. y es ella como oxígeno redentor de uno y otro, sin el cual se les hallara yaciendo en el polvo del camino, palidecida la frente por el estigma oprobioso de la servidumbre y suspenso y frío el corazón herido por la helada mano de ignominiosa muerte!

Ratificado en esas humildes palabras el ideal tras el que debe correr, desolado, el heroico pueblo de febrero, como medio de conservar la dignidad de la independencia, falta proclamar el medio de alcanzarlo. Pienso yo, señores, que es agrupándonos los hombres de buena voluntad, constituyendo partidos doctrinarios, en que se refundan los patriotas de todos los bandos existentes; desafiar el furor de los reaccionarios del error y de las sombras; exponerles nuestro valiente pecho para que se quiebre en él su impotente y críminol espada, y marchar así flameando, sin mancillarlo jamás, el pendón bendito de la democracia, teniendo siempre por estrella y por estímulo la soberana voluntad de aquellos hombres que, prodigiosamente engrandecidos con la idea de todos los sacrificios generosos y sublimes, echaron al suelo el edificio

colosal de la opresión, y haciendo tribuna levantada de sus ruinas, asombraron a los siglos con la proclamación terrible de que no aceptarían jamás la servidumbre!

Señores: necesitamos una gran reparación. Debiendo haber vivido como hermanos amorosos en la tierra fecundizada con la sangre ardiente y generosa de mil héroes, nos hemos dividido en bandos fieros destrozándonos después con sacrilega crueldad. Compadecidos los creadores de la independencia de nuestra vergonzosa degradación. humilláronse hasta nosotros, rompieron nuestros hierros, merced a su esfuerzo, nos erguimos, fuimos libres; y, en vez de bendecir la mano que nos redimía, alzando altares a la paz y a la libertad, abrimos el templo del más terrible de los dioses, sacrificando en sus aras, sin conciencia, a los mismos hombres de febrero, llegando a trocar por el triste y abyecto dictado de colono el título enaltecedor de ciudadano. Después, como nunca falta a los pueblos hombres de espíritu gigante que sepan sobreponerse a la corriente vertiginosa de los acontecimientos, se levantó de nuevo la República... ¿Para trillar nuevos caminos acaso, que la condujeron a la cima de la libertad? ¡¡Nunca! Se levantó para repetir en brazos de menguados bandos las escenas del pasado!... Y me parece que la veo cruzar, desmelenada, revelando angustias infinitas la palidez de su semblante, incierta y sin reflejos la mirada, agotada en la mano la copa de la vida, envuelta en los harapos de su enseña, y destilando sangre sus virgíneos pies, dirigiéndose hacia la inmensa noche del sepulcro!...

Un supremo esfuerzo. pobre virgen! Detente en tu fatal carrera, Patria mía! Naciste para la libertad, que es el destino de los seres, evoca, con la mano en la conciencia, el recuerdo venerando de los que te lanzaron a la vida, y cumple tu destino, volviendo hacia la luz!



ALOCUCION DE D. EUG. DESCHAMPS A LA LLEGADA DEL GOBIERNO PROVISIONAL (HEROES DE MOCA). SANTO DOMINGO, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1899 (*)

Compatriotas:

En este gran crítico momento de nuestra turbulenta historia, también está bajo la obsesión de un sentimiento mi espíritu.

Reconstruyamos nuestra patria es la frase que buye sin cesar en mi cerebro y que brota perennemente de mis labios.

Nuestra historia, ciudadanos, es un nefando cúmulo de horrores.

De los ineficaces relampagueos de la anarquía, hemos pasado siempre a las protervas sombras del despotismo.

Con nuestras exageraciones hemos engendrado la una y se ha alzado el otro, insolente y audaz, sobre nuestra miserable cobardía.

¡Compatriotas! Re hagamos esforzadamente la República!

Para esta grande obra de reconstruirla sobre incommovibles bases de decoro es absolutamente indispensable que acabemos para siempre con las atrocidades que han servido de escabel al caudillaje.

Están ahí las aguas en que el déspota más grosero y más brutal de cuantos han deshonrado la azarosa historia americana, hacía arrojar, en sus delirios de muerte, a víctimas heroicas.

(*) Letras y Ciencias, S. D., Nº 171, 18 sept. 1899.

¡Compatriotas!... Acabemos para siempre con los asesinatos políticos que han falsificado nuestra índole y que han deshonrado nuestro nombre.

¡Acabemos con las divisiones insensatas que han sido como estúpido suicidio a través de nuestra azarosísima existencia!

¡Acabemos con la escandalosa práctica de gentes miserables que nos nazcan millonarios con sólo pasar un rato, a trancos, por las alturas del poder!

¡Acabemos, por último, con la vergonzosa mengua de los ídolos; y sobre la aparente necesidad de un capataz que nos raye las espaldas, pongamos la augusta imagen de la ley, pongamos la virtualidad creadora del derecho, a cuya sola luz pueden vivir, y vivir libres y grandes, los pueblos!

¡Conciudadanos! ¡Empieza ahora la labor magna de la revolución! Al rededor del hombre que acaba de llegar, si es que representa nuestra libertad y nuestra paz, agrupémonos, entusiastas y sinceros; hagamos de él en el momento actual un simbolismo; y al noble amparo de esa paz, borremos las infames negruras del pasado; y en vez de marchar, manada de siervos, a la indecisión del porvenir, vayamos, agrupación viril de ciudadanos, altivamente de pie, a que nos consagren y nos glorifiquen las historias!

¡HOSANNA! EN LA VELADA LITERARIA DEL CLUB JUVENTUD CELEBRADA POR LAS SEÑORITAS SARAH LOPEZ PENHA, MARIA NASSIN Y OTRAS NIÑAS DE LA CAPITAL, EN HONOR DE RAMON CACERES. SEPTIEMBRE DE 1899 (*)

Señoras y Señores:

No me presento a vosotros por espontáneo impulso de mi audacia. Diríjoos en estos momentos la palabra porque la externa benevolencia de las

bellas organizadoras de este acto creó título, y lo susurró a mi oído, para que concurriera con mis sencillos entusiasmos al luminoso festival.

¿Cómo resistir a la subyugadora insinuación del patriotismo, sentido y exaltado por lo que hay de más amable y atractivo en la naturaleza?

(*) De Ecos tribunicios, P. R., 1902.



El uno, el patriotismo, es la pasión más honda del humano corazón. La otra, la mujer, con la noche en su espléndida cabeza, con el alba en el amplio cielo de su frente con el incendio del sol en su mirada, con la línea en sus maravillosas proporciones, con el ritmo en la línea, y con la divina llamarada de la pasión caldeando y magnetizando su sér, es la síntesis excelsa de los prodigios de que están llenos los cielos y la tierra, y, desde luego, la fuerza que, a través de las edades, avasalló irresistiblemente nuestro espíritu.

Y aquí estoy, señores, dando satisfacción a mi vehemente patriotismo y plegándome, entusiasta, a la amable voluntad de las hermosas que celebran esta fiesta.

Vengo a presentaros la síntesis de los rudos anatemas que durante tres lustros fulminaron mis labios desde todas las latitudes. Vengo, después, a saludar un alba, a festejar un renacimiento, a bendecir, por último, la suspirada regeneración de nuestra tierra.

Un hombre, señores, pone audazmente su pie sobre el cuello de un pueblo. Desvaneciéronse en el alma de la ciudadanía los legendarios recuerdos de las maravillas que dieron forma a la patria de Febrero. Está la ley vaciada en el arbitrario molde del capricho. El timbre del derecho es momia informe en el tenebroso abismo de la voluntad

del dictador. Los tesoros de la patria y el trabajo de la ciudadanía, patrimonio son del déspota. En la cárcel se retuerce la tortura. En la expatriación solloza el patriotismo. Tiberio está en el trono, y la vida de los hombres es juguete lúgubre del brutal facineroso. Sobre la cabeza de sus enemigos revolotea sombríamente la muerte, y alrededor de los suyos hace gestos trágicos la ruina. Nada en cleajè de odio su pervertido corazón, y a la demoleadora acción de las maldades políticas aunó el nefando asesinato de las virtudes sociales. La patria fué. Quien creyó en los clásicos castigos de la historia dudó de sus eternas justicias. Quien creyó en Dios, dudó de Dios.

De pronto, en el indómito Cibao, en la tierra prodigiosa que no fué jamás hollada por los asesinos de pueblos sin que bajo su planta se moviera con formidable trépidar, relampagueó el patriotismo, tronó la tempestad y brilló el sol.

Bellas hijas de la ciudad perínclita en que nacimos a la gloria de la nacionalidad: prodigad vuestras flores, consagrad con vuestros entusiasmos las efemérides de la libertad, contribuid con vuestros votos a que se llenen de luz los horizontes de la tierra en que nacisteis, y poned vuestro esfuerzo en torcer para siempre los rumbos de desdichas y de oprobios hasta ahora trillados por la patria de Febrero!

DEMOCRACIA. EN LA PLAZA DUARTE. SANTO DOMINGO, OCTUPRE DE 1899 (*)

¡Conciudadanos!

La hora es solemne. Vamos a ejercer mañana el derecho que resulta la altísima consagración de la ciudadanía. Hombre sin voto es miserable cosa sin derecho. Pueblo sin sufragio es pueblo en el concepto de aglomeración imbécil de individuos, de cuadrilla de siervos, de inconsciente caterva de menguados. El voto es la verdad; el voto es el alma de la democracia; el voto es la pujante base de la república, y la república y la democracia son el verbo del derecho, la noble encarnación de la justicia, la dignidad humana, en fin, en inmortal apoteosis.

Pero la hora, señores, es solemne, no simplemente porque vayamos a ejercer el augusto derecho del sufragio, sino por ir en derechura de las urnas en uno de los instantes más difíciles de nuestra tempestuosa historia.

¡Conciudadanos! No tenemos competidores delante de nosotros. No se producirán en la hora actual las tremendas ansiedades de la lucha. Pero hay un enemigo que enseña su faz, torva y sombría, en medio del entusiasmo y del trajín. Es el pasado. El pasado con su torbellino de ambiciones, con su insolente cúmulo de arbitrariedades con su sangre, con sus robos, con su venta de la patria, con su cortejo de crímenes.

(*) De *Ecos tribunicios*, P. R., 1902.

A vencerlo nos llama hoy, con voz potente, el patriotismo. Si en el período de gestación en que actualmente nos hallamos predominan las inspiraciones del pasado, la patria está perdida. En nuestra historia, ciudadanos, no hay más espacio para el crimen. De hoy más, o somos pueblo de gentes y nos encaminamos, coronados de luz, al porvenir, o nos convierten los hechos en abigarrados indios con levita, en salvaje manada de africanos, pasando a la historia con la carga de nuestras abominaciones, convertida en eterno padrón de servidumbre.

¡Compatriotas! Abramos mañana un ciclo nuevo en nuestra vida. A fuerza de abnegación y de civismo soterramos los terribles delitos del pasado. Ni aún para coronarnos con el triunfo abrazamos la ilegalidad ni desnaturalicemos el sufragio. Si surgiera la lucha, y triunfara, en buena lid,

el adversario... que triunfe! Sea, de hoy más, la patria, compatriotas, la severa encarnación de los principios. Así será el voto, bandera de paz en medio de la sociedad dominicana. Así mataremos, a fuerza de virtud, el oprobio de las revoluciones intestinas. Así no mandará el yanqui a nuestras aguas centinelas avanzdos de su feroz codicia que amenacen nuestra altiva independencia. Así será la patria, en fin, entre nosotros, una espléndida verdad; y en vez de seguir mostrándonos indignos de las admirables epopeyas en que templó su espíritu la patria de Febrero; y en vez de servir, a fuerza de torpezas, de vergonzoso ludibrio a las naciones, nos pondremos en armonía con los estupendos sacrificios que fecundizaron nuestra vida, y llegaremos, vencedores, al santo ideal de las sociedades humanas: al respeto, a la libertad, al engrandecimiento y a la dicha!

AL VOLVER. (FRAGMENTO) EN LA VELADA LITERARIA CELEBRADA POR LA SOCIEDAD DE SANTIAGO, AMANTES DE LA LUZ, PARA FESTEJAR AL AUTOR, EN NOVIEMBRE DE 1899 (*).

He dicho, señores, que asistimos a un radioso amanecer de la República. He querido decir que crean los ojos y acarician la frente de la patria brisas regeneradoras de una como espléndida primavera moral. Todavía no ha proclamado mi palabra nuestra laboriosa redención. Hay aún miasmas en nuestro ambiente. Soplan todavía sobre nuestras cabezas ráfagas de tempestad. Es ésta, señores, la hora del trabajo. Que cada cual empuñe sus instrumentos de labor y acuda a la fragua de que ha de brotar, acrisolada y fulgurante, la República.

Hay que derretir el hielo entre el Sur, el Este y el Cibao para vigorizar la nacionalidad. Hay que hacer la paz abajo y hay que imponer arriba la justicia. A la infamia de los partidos que idolatran las personalidades es indispensable que sucedan las agrupaciones que proclamen el derecho. Hay que matar los egoísmos. Hay que domar, con mano férrea, la ambición. Hay que despertar en el pueblo la conciencia de que no han de surgir en lo adelante aquí, las situaciones políticas, de la voluntad del primer machetero a quien se le ocurra soñar con la autocracia, sino del concierto de cuantos tienen derecho a intervenir en la salva-

ción de la República. Hay que independizar el Municipio. Hay que circunscribir a sus esferas el poder. Hay que pavimentar la calle. Hay que extender bajo ese pavimento la red del acueducto. Hay que mostrar al navegante la caricia del faro, saludando, entre tinieblas, la civilización. Hay que cavar en nuestros puertos para que sus aguas, anchas y profundas, atraigan y sostengan la pesadumbre del progreso. Hay que arrojar sobre nuestros valles y sobre nuestras montañas la sierpe de las carreteras. Hay que atronar nuestros campos con el rugido de la locomotora. Hay que convertir el ritmo bárgaro del río en canto gigantesco que acompañe el ubérrimo convoy de las riquezas ignotas. Hay que poblar nuestros desiertos. Hay que moralizar y que ensanchar el prolífico sacrificio de la tributación. Hay que humanizar la cárcel. Hay que estrallar la brutal deshonra de los grillos sobre el rostro del salvajismo que se va. Hay que levantar en todas partes el faro moral, el faro grandioso de la escuela, que ilumina el derrotero de las generaciones. Hay que alzar la conciencia hasta las nubes. Hay que subir el concepto de la patria hasta los cielos. Hay, por último, que convertir, señores, esta informe y desgarrada balumba de tinieblas en excelso monumento de honor y libertad que sea timbre de gloria para el continente americano.

(*) De *Ecce tribunicios*, P. R. 1902.



EL PUEBLO. EN EL PARQUE PADRE ELLINI, SANTO DOMINGO, NOVIEMBRE DE 1899 (*).

¡Compatriotas!

Cuando todo haya sucumbido a mi desolado rededor; cuando yazcan, desh echas a mis pies, las ilusiones de patria y libertad que fortificaron en días críticos mi vida; cuando lllore, si el día llega, el corazón del patriota las ambiciones de los unos y las debilidades o las torpezas de los otros, y rueden por los suelos las virtudes prolíficas en cuya fuerza se apoyaron las naciones que llegaron con pie firme a las altas cimas de la historia, volveré, ansioso, el rostro, hacia este faro de consoladora eterna luz para el que soñó con la grandeza de la patria: volveré mi faz al pueblo.

El pueblo, ciudadanos, es el perpétuo virtuoso de todas las historias; y cuando sobre sus espaldas se levanta y bailotea la turba de cobardes que sobre ellas suele aparecer invocando el nombre de la patria para entregarse sin freno a la orgía de los egoísmos y de las concupiscencias, en medio del desordenado torbellino se alza siempre su entidad glorificando el ideal.

Yo siento, compatriotas, pasión ciega por el pueblo; yo tengo, ciudadanos, completa fe en el pueblo; palpitan en lo hondo de mi ser las desdichas interminables del pueblo, y he ahí por qué hay inspiraciones en mi frente, y he ahí por qué vibran en mí vigorosas sacudidas de entusiasmo y de orgullo cuando estoy cara a cara con este noble amigo de todos los instantes: con el pueblo.

Vengo hoy a pugnar humildemente por insinuarle los salvadores rumbos de la vida; vengo, a poner, como siempre, mi humilde acento al servicio de su bien.

¡Ciudadanos! ¡En pie!... ¡Arriba, ciudadanos! y sea éste el grito de redención que en la patria repercute de un confín a otro confín!

Estamos en presencia de un momento histórico solemne. Es el momento llegado de probar al orbe que somos o que no somos aptos para la vida de la libertad.

Alzábase entre nosotros un horroroso despotismo que nos llevaba, entre vergüenzas, al desas-

tre. Por una de esas oscuras coincidencias de la historia, de que surgen, aterradoras las catástrofes, a la mancilla de dentro respondía el oprobio de la amenaza de fuera; y mientras la insolencia de un neurótico del crimen avasallaba las pujantes fuerzas de la patria, tronaban, vencedores, al Este y al Poniente, los cañones del coloso. La patria iba a morir; más estremeció, de súbito, el clarín los horizontes, y la patria venció.

Ahora, ciudadanos, es la hora de la victoria; más sabed que silban sobre nuestras cabezas aún angustiosas rachas de tormenta. Atisbando entre los júbilos del triunfo estuvieron perpétuamente las rebeldías de nuestra educación y nuestra sangre conspirando contra la libertad. Y ahora la hora es grave. Irguense delante de nosotros dos figuras: de un lado hay unos hombres; de otro lado levántase la patria. ¡Pues bueno, ciudadanos! No impongamos a los unos el absurdo, más velemos sin tregua porque no nos avasalle el despotismo!... Pidamos a aquéllos absolutamente lo posible; empero maldigamos en las aras de la patria a los ambiciosos que desvirtúen el augusto espíritu de la renovación, escuchando las salvajes sollicitaciones de la tiranía. Ayude el pueblo a los hombres que están hoy en el pavés; más agrúpese, organícese, agigante su personalidad, y adquiera, de una vez y para siempre, la conciencia de su derecho y de su fuerza.

¡Compatriotas! Es hora de concordia, y es hora de abnegación, y es hora de sacrificio. Nubarrones cargados de peligros amenazan caer, devastándolo, sobre el suelo de la patria. Pongamos corazón con corazón y conciencia con conciencia, y de pueblo y de gobierno hagamos haz indestructible de espíritus heroicos que, a través de la tempestad, se abran, triunfadores, paso al porvenir.

Más escuchad mi última frase. Escuchadla. Si se alzaren un día los sofistas, los ineptos, los ambiciosos o los corrompidos, clamando, como ayer, para medrar entre el estrago, que el patriotismo es un mito, y que precisa llevar luto por la desaparición de las virtudes ciudadanas, gritadles que mienten, y que en medio de la balumba de cobardes acostumbrados a deslumbrar las ejecutorias del civismo, hay, ciudadanos, un patriota: el pueblo!

(*) De *Ecós tribunicios*, P. R., 1902.

QUISQUEYA. EN LA VELADA LITERARIA OFRECI DA AL AUTOR POR LA SOCIEDAD DE BANÍ,
EN ENERO DE 1900 (*).

Señoras, Señoritas y señores:

Ansia largamente sentida, dulcísima ilusión perennemente acariciada era esta satisfacción profunda en que se apacienta hoy mi sér. Siéntome en los actuales momentos sacudido por impresiones poderosas, y brotan mis frases del fondo de mi alma, como expresión gráfica de sentimientos hondos en que palpita, vigorosa y amable, la verdad. Tenía yo, señores, sed ardiente de correr a esta tierra generosa, a confundir con sus entusiasmos mis propios entusiasmos y con sus ansias de bien los ideales de mi espíritu. En los amplios espacios de mi fantasía y de mi conciencia no es tan sólo un pueblo el noble pueblo de Baní. El pueblo banilejo es a mis ojos especie de admirable simbolismo que enciende el amor y que hace sentir la fruición divina del orgullo en el corazón de los patriotas. Baní, más que ninguna población de la República, resulta la representación genuina de la patria, con sus sencillos entusiasmos, con sus nobilísimos prestios y hasta con sus fecundísimos dolores. Aquí está aquí la veo, por fin, con el diáfano toldo de su maravilloso firmamento, con el enhiesto monte azul exhornando prodigiosamente su hermosura, con el borrascosísimo Caribe, enviándole perpétuamente sus amorosísimos arrullos, con sus mujeres inefablemente bellas, con su vigorosa ciudadanía caminando resueltamente hacia el progreso, con la amable sencillez de sus mansísimas costumbres, con sus asociaciones laborando por la vida, con sus clásicas virtudes exaltando lo pasado y garantizando el porvenir con su vieja resolución al heroísmo que es, por último, la base de nuestra nacionalidad y el pedestal de nuestra gloria.

Señores: puesto que, sea cual fuere el motivo de esta noble festividad en que se expande, regocijado, el corazón, es fiesta en que se enaltece el venerado nombre de la patria; puesto que en el período histórico presente experimenta la ciudadanía una como obsesión angustiosa, pero consoladora, por la efectiva salvación de nuestra patria; puesto que, en demostración de esta verdad, la mujer, la deliciosa musa que vierte en nuestra al-

ma le filtro de todas las inspiraciones generosas, traspone aquí, decidida, los umbrales del hogar y se lanza a dar calor a esas ideas en que palpitan la vida y la redención de nuestra patria, sea ella, en esta noche, el noble altar en que depositemos las flores de nuestros ideales.

Somos, indudablemente, señores, el pueblo más humilde, pero somos también el pueblo más viril y más altivo de la tierra. No hay en toda la historia de la humanidad, dos ejemplos de una sociedad que, combatida por todas las desgracias y martirizada por todos los dolores, haya permanecido de pie, desafiando las tremendas iras del destino. Cuando para Grecia, la clásica sibila de las civilizaciones, sonó la hora de la angustia, cayó irremediamente Grecia, envuelta en el sudario de sus glorias. Cuando Roma, el férreo cíclope que puso su pie sobre el cuello de la humanidad, sintió en su costado la espada de los bárbaros, cayó sin vida esa Roma orgullosísima que pretendió desafiar la eternidad. Vednos ahora a nosotros, puñado de bravos, resistiendo con serenidad épica la furia de nuestras horrosas tempestades. Hijos desheredados del pueblo más guerrero de los modernos tiempos, alzamos la indomable frente y arrojamos el león. Subyugados por el pueblo francés, cuando se adornaba con los timbres de su maravillosa edad heroica que puso pasmo en el corazón de las naciones, vencimos al francés. Atropellados por las brutales hordas de Toussaint y Dessalines, que nos envolvieron en sudario de sangre y de tinieblas, nos alzamos valerosamente contra el bárbaro, y a costa de sacrificios inmortales y de victorias estupendas, acorralamos el dominador en sus montañas. Vuelve todavía, orgulloso y formidable, el pueblo ibero a matar esa personalidad consagrada por todos los esfuerzos y enaltecida por todos los heroísmos, y entonces empuñamos el machete, nos armamos con la tea, y haciendo de cada ciudad inmensa hoguera que llevase al cielo la irreductible protesta de la patria, proclamamos, al fragor de desastres homéricos, que aquí no habrá jamás otra solución que nuestra independencia o nuestra muerte. Pero entonces, señores, llegó para nosotros el período más luctuoso de nuestra his-

(*) De *Ecos tribunicios*, P. R., 1902. También figura en la obra de J. S. Incháustegui, *Reseña histórica de Baní*, Valencia, 1880, p. 163.



toria. Entonces llegó el ciclo espantoso de nuestros duelos intestinos; y admirad la poderosa virilidad de nuestra vida, seis décadas horribles de ambiciones, de rencores, de proscripciones, de odios, de sangre, de depredaciones, de cadalsos, de exterminio y de locuras, no han podido dar al traste con nuestra tempestuosísima existencia.

Ahora, señoras y señores, ahora asoma el sol. El último de nuestros despotismos se deshizo para siempre entre el vértigo de su impía y de su sanguinaria insensatez. Muestra la redención, entre celajes, su radiosa faz. La patria está de pie. Empero está triste la patria todavía. Sostengámosla, señores. Pongámosle el hombro para que se remonte hasta las nubes. Olvidemos nuestra histo-

ria, en lo que nuestra historia tiene de tenebroso y de salvaje, pero honrémosla y glorifiquémosla en lo que tiene de virtuoso y de estupendo. Hermosas y dignísimas damas que me oís: tenéis un cetro en vuestras manos; sois las tiernas soberanas de este augusto imperio: el noble hogar. Colaborad allí, a esta obra redentora: la paz. Entusiastas ciudadanos que me honráis con vuestros benévolo festejos; está en vuestras manos el destino de la patria; tenéis el deber de la dignidad, del progreso, de la libertad y de la vida; hay, para cumplirlo, un derrotero; echáos sobre él. Es el camino de la tolerancia, es el camino de la concordia, es el camino de la fraternidad, es el camino del amor. Ciudadanos: a salvar la patria.

¡PATRIA! EN LA VELADA LITERARIA CELEBRADA POR EL "CLUB RECREATIVO DE DAMAS"
DE PUERTO PLATA PARA FESTEJAR EL 27 DE FEBRERO DE 1900 (*)

Señoras y señores:

No es costumbre entre nosotros que apacienten su espíritu los representantes de la fuerza en los amables campos en que medra y brilla el arte. Quien tiene, empero, el honor de dirigirse en este instante la palabra pretende, en el ejercicio del poder, ser consecuente con sus gustos, con sus inclinaciones y con su modestísimo pasado. En los indecisos albores de su lejana adolescencia le sirvió el arte para proclamar esta verdad: el derecho. En su azarosa vida de peregrino y de insurrecto sirvió el arte para dirigirse a este ideal: la libertad. Hoy, de pie otra vez en la dulce tierra de sus padres, sintiendo, por todas partes, las marejadas de las pasiones políticas; con la vista fija en el vertiginoso correr de las ambiciones desbocadas; factor humilde en la evolución genésica de que ha de surgir, acrisolado y libre y grande nuestro pueblo, el verbo, manifestación altísima del arte, ha de servirle para invocar, festejar y enaltecer esta entidad espléndida: la patria.

La patria, señores, exaltada en la ternura y engrandecida en la pasión, debe, hoy más que nunca, llenar el pensamiento de la ciudadanía.

Exhausta y agobiada y triste va al peso abrumador de sus perennes dolores, y hay, en medio de los cataclismos que amenazan, virtualidad y fuerza suficientes para convertir esta tierra, de ludibrio y de escándalo, que ha sido, del continente y de la historia, en santa fuente de bien y en alto y noble templo de indestructible libertad. No parece sino que en todas ocasiones hemos concebido un concepto falso de la patria. En los pueblos, como en los hombres, hay un dualismo profundo. Pensad en un hombre desposeído del destello de la divinidad que llamamos alma humana, y concebiréis un monstruo. Monstruos son también los pueblos en que campea tan sólo lo exterior y brutal de la naturaleza, sin que esplendan, victoriosas, las manifestaciones del espíritu. Por sobre las playas, caprichosas y risueñas, bañadas y cantadas por el mar; por sobre los valles, radiantes y plácidos, en perpétuo derroche de colores y de luz; por sobre los bosques, espesos y verdes, plantados por Dios como divina urna de vida; por cima de las montañas, alzándose al cielo en alarde pomposo de magnificencia y de poder, ha de cernerse, señores, más risueña, y más radiante, y más vivífica, y más alta el alma de los pueblos. El alma de los pueblos tiene un nombre. Llámase el progreso.

(*) De *Ecós tribunicios* P. R., 1902.

Todavía no ha sentido de lleno la sociedad dominicana las creadoras fulguraciones del alma de los pueblos. Envueltos en las humaradas del combate, al lúgubre resplandor de incendios espantosos, abatidos y ensangrentados por horrosos degüellos, saltamos a la vida; y como si lleváramos delante de los ojos la funesta visión de las tempestades que azotaron furiosamente nuestra cuna, azusados unas veces por los gritos de la demagogía y enardecidos las otras por la iniquidad del despotismo, convertimos en palenque de rencillas lo que fué destinado a brillar al cielo resuelto en maravillosas bendiciones.

Para que se alce entre nosotros, como astro de vivíficos destellos, el alma de la patria, fuerza es que se produzca un cambio enérgico de frente, y que troquemos nuestra bestial disposición al destrozo y a la ruina en fecunda amplitud para el trabajo y para el bien.

Todavía, señores, hay otro concepto a que quiero referirme en mi discurso, que nos solicita vigorosamente hacia la vida. La patria no es tan sólo la tierra cuyos hálitos formaron nuestro cuerpo y en que duermen el sueño eterno nuestros padres. La patria no es la ley, tan sólo, ni las costumbres, ni la religión, ni la lengua, ni las tradiciones, ni la historia. Hubo, desde tiempos que se esfuman en las nieblas de un remotísimo pasado, una entidad étnica que, salida de las llanuras

asiáticas, plantó en Grecia inmenso faro que iluminará los siglos; venció y avasalló y asombró con Roma el mundo; insinuó, divinizó y esculpió a Jesús en la conciencia de las generaciones, sembró de prodigios, con los árabes, las costas del Mediterráneo; anunció con ensueños proféticos, y arrancó al misterio con heroísmo inaudito, el continente nuevo, y fundió en el horno de la revolución francesa los hierros en que se debatía la humanidad. ¡Señores! la patria es también la raza; y ahí está ese montón de ejecutorias inmortales recordándonos que en nuestras venas y en nuestro espíritu llevamos sangre y espíritu de ese titán que no muere, de la raza latina, que sigue paseando, a través del espacio, radiante y magnífica, la antorcha de la civilización.

Hermosas damas cuyo rostro se ilumina con llamaradas de entusiasmo al invocar los bellos timbres de la tierra en que nacimos; venerables luchadores, curtidos en el heroico bregar de que brotó, llena de lauros, la nacionalidad dominicana; ardiente y batalladora juventud, que, cuando no tienes ya que dar, das la sangre y das la vida en glorificación suprema de la patria: nuestros padres desbastaron la roca a fuerza de martillazos formidables, y dieron vida al mármol a fuerza de heroísmo. Unid vuestras potencias, golpead la piedra, infundidle el vigor de vuestro espíritu, y alzad la estatua, repleta de líneas, a que la bañe y la abrillante el sol de las edades!

PALABRAS PRONUNCIADAS A NOMBRE DEL GOBIERNO NACIONAL POR EL MINISTRO EUGENIO DESCHAMPS EL 6 DE ABRIL DE 1900, EN EL ACTO DE LA INHUMACION DEL CADAVER DEL POETA JOSE J. PEREZ (*)

No es que todos los que se mueran hayan, señores, de ser justos, sencillos y virtuosos y buenos; es que el hombre cuyos restos hemos traído a este augusto sitio resulta una figura verdaderamente inmaculada.

Recuerdo todavía con suave complacencia su cortísima pero nobilísima gestión como Ministro del poder. Llegó a las alturas y mantuvo en aquella cima peligrosa la apacible condición de su mansísimo carácter. Allí, donde los cerebros me-

por organizados suelen experimentar el influjo fatídico del vértigo, mostrósenos sereno y sonriente, y fué su modesta labor, semillero fecundo de ideales patrióticos, de proyectos civilizadores, de sueños de luz, de generosas y de edificantes y de virtuosas intenciones. José Joaquín Pérez en la tempestuosa altura del poder me hace el efecto, señores, de una flor derramando aromas sobre un cráter.

Otra faz tiene esa vida luminosa, verdaderamente digna de ser amorosamente contemplada por sus conciudadanos.

(*) De *Revista literaria*, S. D. N.º 24, 15 julio 1900.



Los rentores, las ambiciones desapoderadas, el hervir atropellado de las pasiones políticas, el poder perpétuamente arrebatado por las groserías del caudillaje, el luto, y los dolores, y la sangre, en que anduvo siempre revuelta nuestra vida, fueron poco propicios, señores, a las manifestaciones de la literatura, a los atrevidos vuelos de la dulce poesía.

Este que ahí está, rígido y silencioso para siempre, comparte con la escasa pléyade de nuestros literatos brillantes la gloria purísima, la ejecutoria absolutamente inmaculada de haberse sustraído al tremendo farrago de nuestros tristísimos horrores, consagrando su existencia a verter dulzuras, cuando otros deshonoraban la patria con sus miserables abominaciones; a hacer correr, con vara mágica, fuentes de aguas limpias, cuando se su-

merjian otros en el asqueroso cenagal; a descorrer girones de cielo diáfano y azul, cuando otros desencadenaban la asoladora tempestad; a producir magníficas fulguraciones, cuando acumulaban otros espesas tinieblas sobre la angustiada frente de la patria!...

El Gobierno de la República, cuya palabra tengo el alto honor de llevar en este instante, se inclina entristecido y respetuoso, delante de esa tumba venerable. Está ahí quien fué sal de nuestra lánguida y desorganizada sociedad. Fulgura un libro ahí, que, al entrañar las angustias y las glorias de la raza que nos precedió en el azaroso dominio del más desventurado de los pueblos, será manantial de aguas clarísimas en que vengan los que nos sucedan a saciar su venturosa sed de inspiraciones!...

MAXIMO GOMEZ. A LA ORILLA DEL OZAMA, EN LA RECEPCION HECHA AL HEROE POR LA CAPITAL DE LA REPUBLICA. ABRIL DE 1900. (*)

Guerrero:

La ilustre juventud de Santo Domingo de Guzmán; la hija legítima de la juventud inmortal a cuyo empuje brotó, llena de timbres, la nacionalidad dominicana; la que tiene, en la patria de Febrero, un culto, la sabiduría, y una orientación, el patriotismo; la que, confundida con la inmensa multitud que te rodea, honra ruidosamente en tí, al par que las ejecutorias del titán, el egregio pensamiento de la independencia americana, pone en mis labios este mensaje, que es también amor de mi corazón y ferviente tributo de mi espíritu.

Guerrero:

La epopeya no había muerto. Había reclinado, cargada de lauros, la cabeza, y dormía sobre las gloriosas tumbas de Bolívar y de Páez. La vía, empero, trazada por Miranda y San Martín, estaba ahí, cuajada de abismos, salpicada de cráteres, y cual la espada de la leyenda, era imposible tocarla a quien no sintiera en sí la titánica musculatura del león llanero, o no tuviera la pujanza del águila que fué, de cumbre en cumbre, tocando dianas gloriosas a lo largo de los Andes. De pronto soliviantáronse los pueblos, sonó el clarín y brilló el machete al sol. Eso que había desporta-

do la epopeya, que salvó el mar, que saltó, rugiente y trágica a la faja de tierra en que se habían aremolinado las sombras en derrota, y encendiendo el volcán de las batallas, y haciendo surgir las abnegaciones estupendas, y resucitando, con grito formidable los héroismos magníficos, y cruzando, a nodo, con la espada entre los dientes, el horrible mar de sangre que entre ella y el triunfo arrojó, desesperada, la insensatez del error, traspuso el monte, llenó el valle, y cerró con el mágico buril de la victoria, el fulgurante ciclo heroico del continente libre!

¡Tú, oh paladín! eres la resurrección de la epopeya! Ave, Hatueí! Al sentirse hollada por tí, se estremece de júbilo tu tierra. Acepta, héroe, sus viriles y ruidosos entusiasmos. Al saludarte, al festejarte, al glorificarte, orgullosa y altiva, el alma de la patria, saluda y festeja y glorifica en tí el hondo sentimiento del heroísmo y de la gloria; saluda y festeja y glorifica a Cuba, libre, al término de sus espontáneas décadas sangrientas; saluda y festeja y glorifica la radiosa trinidad que ha de alzarse, triunfadora, en el rebelde piélcara caribe; saluda festeja y glorifica, por último, a América, arrojando, intrévida, la carga de sus épicos dolores y de sus nefandas servidumbres, y encarándose a los siglos, sin amos, libre, heroica, próspera, ubérrima, íntegra y gloriosa!

(*) De *Ecós tribunicios*, P. R., 1902.



EN ACCION. EN LOS SALONES DE LA GOBERNACION DE PUERTO PLATA, AL HACERSE CARGO DE LA JEFATURA SUPERIOR DE LA PROVINCIA. OCTUBRE DE 1900. (*)

Ciudadanos!

Por especiales circunstancias del momento histórico en que estamos, y por el inmenso valor material y moral de esta prestigiosísima provincia, resulta indiscutiblemente su gobierno, si ha de ponerse en él caudal adecuado de ciencia y de conciencia, una de las cargas más peligrosas y más rudas de cuantas pudiera echar sobre sus hombros un político. Mi indecisión al aceptarla no es para expresarse en esta concisa alocución. Medité, empero, sobre dos condiciones que, en la política dominicana, son como los dos extremos del eje en que debe desenvolverse la administración pública, y me resolví a aceptar, por fin, el trabajoso cargo. Conté, de un lado, con mi incontrarrestable patriotismo, y brillaron a mis ojos, del otro, el criterio actual de paz y de reconstitución que en todos priva, y las altas condiciones de la región de cuyo gobierno me encargo en este instante. En el gobierno de los pueblos cumple al mandatario, antes que todo, ser honrado y progresista, y es indispensable que sea la sociedad, flexible al criterio de la justicia y del progreso. Siento en mí, agitándose con fuerza, las primeras condiciones, y tengo, por otro lado, fe absoluta en la docilidad del carácter dominicano para atemperarse a las inspiraciones de quien pruebe que no le impulsan aspiraciones bastardas, que no le seducen solicitaciones despóticas, que no dobla el ánimo a inclinaciones soberbias, sino que ama sencillamente el bien, que respeta profundamente las ideas y los intereses de sus gobernados, que tiene fe en las virtudes de la ciudadanía, y que cree, a puño cerrado, en los altos destinos de la sociedad. A esto vengo a esta rica, entusiasta, valerosa y cultísima provincia. Vengo a pugnar por hacer de aquellas condiciones una síntesis. Vengo a ponerlas vigorosamente en juego para marchar hacia el bien. Traigo fresco y edificante, el pensamiento del Ejecutivo, y no vengo a fomentar pasiones, sino a servir ideas; no a echarme en brazos de parcialidades, sino a gobernar con todos los puertoplataños; no a implantar la política personalista de que está cansada la República, si-

no a empeñarme, con todas mis potencias, porque Puerto Plata continúe constituyendo baluarte irreductible del mejoramiento, de la fraternización y de la paz. Tengo la noble honra de pertenecer al heroico grupo de la juventud dominicana, y vengo a Puerto Plata a ser compañero de la juventud puertoplataña. Miro con respeto profundo las prolíficas experiencias de cuantos antes que yo aparecieron en el escenario de la vida pública, y será en mí, caso de orgullo y de honra, abrir a sus inspiraciones mis oídos. Más que de maquinaciones políticas necesita hoy el pueblo dominicano, de la libre y viril manifestación de las iniciativas ciudadanas, y seré colaborador activo y antusiasta de cuantas ideas de luz partan del Ayuntamiento, de la prensa, de las asociaciones y de la ciudadanía. Entiendo que el comercio fué en todas las edades instrumento eficazísimo que fomentó la riqueza de los pueblos, y daré al comercio de Puerto Plata, cuantas veces venga al caso, el resuelto favor de mi autoridad. Considero el ejército como valladar contra el que se estrellan los atentados de los ambiciosos, de los audaces y de los perturbadores, y trabajaré sin descanso por la dignificación y por el mayor prestigio del soldado. Por último, la sencilla y laboriosa gente de los campos pide en todas partes orden, tranquilidad y protección y yo visitaré con frecuencia el honrado hogar del campesino para buscar más apoyos a la paz y para ver de hacer que el noble resultado de la labor agrícola se moralice y se acreciente, como que todos debemos ansiar porque se destierre, a la larga, el hambre y la miseria del hogar del campesino, contribuyendo así al bienestar, a la alegría, a la riqueza y a la fuerza de la patria. No hablo aquí de un término que está muy en boca en los actuales días: no me refiero a los caídos, porque para el Gobierno de patriotas a quien sirvo no hay hoy, ni debe haber, más que hombres de pie, al fecundo amor de la concordia en la indispensable brecha de la reorganización de la República. Tampoco hago aquí pueril alarde de fuerza ni poder, porque el poder y la fuerza de los gobiernos residen absolutamente en el favor de la opinión, en la conciencia de la ciudadanía, y para la opinión y la conciencia públicas, no es hora de fuerza, ni de

(*) De *Ecós tribunicios*, P. R., 1902.



intransigencias, ni de exclusivismos, ni de persecuciones, ni de tiranía, sino hora solemne de tole-

rancia, de abnegación, de sacrificios, de libertad, de fraternización y de trabajo.

EN MARCHA. EN LA GOBERNACION DE PUERTO PLATA, AL INAUGURAR EL AUTOR, GOBERNADOR DE LA PROVINCIA, LA EXPOSICION AGRICOLA INICIADA POR EL AGOSTO DE 1901. (*)

Señoras y Señores:

El acto que en este momento inauguramos es a otros actos de lo porvenir, lo que el prólogo es al libro y lo que al edificio es el cimiento. Está ahí, en desorden, con todas las deficiencias de las obras en que sólo campea, tesonera, la decisión del patriotismo, representación cabal de cuanto produce la fecundidad de nuestro suelo. El variado espectáculo que se ofrece a vuestros ojos es la primera piedra de un edificio colosal con que sueñan los iniciadores de esta fiesta. Tras la modestísima Exposición regional de Puerto Plata, es preciso que surja una invitación a las provincias cibañas para que otro día, que tenga resonancia en las edades, acudan todas a celebrar otra Exposición en que muestren su incontestable capacidad para la vida, para el progreso y para la libertad. Y tras esta gran fiesta de la agricultura cibaña, segundo paso en la obra magna de su poder industrial y de su independencia económica, que será base inmovible de su independencia política, preciso es que se llegue a un llamamiento cordial de Puerto Plata y del Cibao a todas las provincias de la República para que vengan todas a darse, a las faldas de Isabel de Torres, un abrazo tan fuerte de concordia y de amor, que afirme la solidaridad social y política de todas, y acabe de encaminar la patria por rumbos de definitiva redención. Señores: la patria ha vivido sorteando incesantemente peligrosísimos abismos. La soberbia, la ambición, la ignorancia del concepto del deber, el relajamiento de los principios del derecho, la apatía, la carencia de fe en la virtualidad de las potencias sociales, el hábito de esperar el bien individual del triunfo de las revoluciones, elementos son de disolución y de descrédito que han empobrecido y deshonrado nuestra pa-

tria. Es tiempo de aplicar remedio a ese mortal farrago de menguas. Tiempos ya de oponer resistencia a tanta ruina. Dos líneas paralelas hay, señores, que han alzado en todos los tiempos el nivel de las naciones. Es la una el desarrollo de la instrucción y es la otra el incontrastable empuje del trabajo. A pugnar el desarrollo del trabajo en nuestra patria viene, en esta aurora moral del pueblo dominicano, la Exposición agrícola regional de Puerto Plata. Es necesario enseñar a nuestro pueblo que debe amasar su pan con el sudor de su frente. Es necesario demostrar a nuestros labradores, que huellan una de las tierras más espléndidas del mundo; y que, si en medio de las maravillas de vegetación de nuestro suelo, los azota y los avasalla la miseria, es por emplear aún, a esta hora de la civilización, los medios bárbaros que le dejaron sus mayores. Es necesario decirles que la gran hoja de sus vegas, su tabaco, aromoso e incomparable, que contribuirá a la redención económica del pueblo, cuando se llegue a la verdad de que nunca lo produjo mejor la Gran Antilla; vive vida mísera y estéril porque lo sembró sin ciencia, porque lo recogió sin solicitud, y porque lo llevó sucio, y ciego, y venoso, y disparejo, y podrido, por añadidura, a los mercados extranjeros. Es necesario gritarles que al cacao y al café desparramados en esos mostradores no les falta, para alcanzar el último término de las ambiciones comerciales, sino que, al cultivarlos, se les atique los procedimientos mecánicos y los necesarios métodos científicos. Es necesario llevar a su conocimiento que en los momentos mismos en que os hablo, un café de la fecunda Parahona, limpio, y seco, y lustrado, y oloroso, y azul, se codea ventajosamente en los mercados europeos con el opulento café puertorriqueño, que siempre se gallardeó como señor. Es necesario hacer sentir al agricultor y al capital dominicanos la vergüenza inaudita de que a la

(*) De *Ecos tribunicios*, P. R., 1902.



tierra que da, como dan arenas los océanos, el maíz y las habichuelas y el arroz que se desbor- dan, sonrientes, en esos mostradores, se la humille y se la ultraje, trayéndole del exterior, secos y fló- jos, arroz, y habichuelas y maíz. Es necesario, en fin, señores, que se estimule vigorosamente al labrador para que entre, con el hacha en la dies- tra, a la espesura de los bosques en que cuentan los árboles misteriosas historias de centurias, y suprima bosques y malezas para que, en la monta- ña y en el valle, empiecen el gigantesco himno del trabajo y las gloriosas exultaciones del progreso. En tal día, habrá, señores, pan en todos los hoga- res; estarán proscritos infaliblemente los andrajos;

escasearán los rostros amarillos y cloróticos en las poblaciones y en los campos; decrecerá el caudi- laje; cortaremos la cabeza a la nefanda hidra de las revoluciones; no habrá sombras en el cielo de nuestra independencia; y el pueblo de los bochin- ches perpétuos, de las orgías pretorianas y de los escandalosos atentados parricidas pasará a los siglos, engrandecido y victorioso, honrando y glo- rificando a América, a la raza y a la humanidad. ¡Señores! con profunda fe en la luminosa reali- zación de estos venturosos ideales y la vista fija en la salvación del porvenir, declaro inaugurada la Exposición agrícola regional de Puerto Plata.

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON EUGENIO DESCHAMPS EN EL PARQUE "SALVADOR" DE MACORIS, EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1914. (*)

Conciudadanos:

Desde que en nuestra tierra se acentuaron, tan infalibles como determinados meteoros, los signos que vaticinaron el desastre de la naciona- lidad, apresuróse a denunciarlos mi palabra. "Si insistís, exclamé desde la noche de mis expatria- ciones, en que la América Española deje de ser el escenario indicado para representar un día el drama del progreso, allá se irá el coloso, con sus insolencias de conquistador, a encasquetarle una comisa de fuerza a la raza de insensatos que, des- pués de soliviantar al mundo con el espectáculo de sus altísimas hazañas, olvidaron su destino, desdeñaron sus glorias, y donde habían de prevale- cer el decoro y el principio, pusieron, como regu- ladores de la sociedad, el puñal del bandolero y la cuchilla del sacrificador". Otro día, en la patria ya, díjeles, desde la tribuna, a mis conciudada- nos: "En los instantes en que os hablo, la Repú- blica agoniza. Organizad inmediatamente vues- tra vida, o preparad el cuello a la coyunda. Pro- ducid en vuestro ser los reactivos que dan en to- dos partes calor de omnipotencia al proceso de la civilización, o resolvéis el sacrificio de renun- ciar a la existencia. Destruid la tromba de codi- cias que nos convierten en trailla de verdaderos

insensatos, y organizad, si os queda tiempo, los grandes organismos que torcerían el rumbo de vuestras sangrientas tradiciones, dejando a la efica- cia de las urnas lo que, desde que nacisteis, de- jasteis al imperio de la fuerza, o renunciad a la esperanza, porque vais a desaparecer".

Eso dije uno y otro día a mi Patria, sumergi- da en las tinieblas de su deplorable ceguera. Pues bien, conciudadanos: azota ya nuestra ca- beza la tormenta; relampaguean en las paredes del palacio las fatídicas palabras precursoras de la destrucción; rompiendo y derribando están los invasores los muros de la clásica ciudad de Cons- tantino, y hemos aquí sumeridos todavía en la burla e inaudita pesadez de la inconsciencia.

¿No sentís vuestras carnes laceradas por la camisa de fuerza que os vistió vuestro destino? No os subió, desde la misma raíz de vuestro ser, avasalladora onda de ruber cuando los sublimes "redentores" que le nacieron al pueblo dominica- no amarraron vuestra suerte al carro triunfal de un pueblo extraño? Ni aún cuando dejó caer el amo su manopla sobre la horrenda carnicería del año trágico, vinisteis a cuenta de que vuestra indepen- dencia iba a cesar? Y ahora, ¿qué es lo que censais, en los instantes en que os hablo, de los fenómenos, que están desquiciando y trastornan-

(*) Revista *Renacimiento*, S. D., Nº 50, 25 nov, 1914.



do hasta lo hondo, el organismo de la nacionalidad? ¡Dominicanos! Vosotros tenéis tierra; pero ya no tenéis Patria! Triunfaron aquí las groserías del atavismo que, desde antes de nacer, peregrinaron por el mundo la subasta de vuestra desmembrada independencia. Vuestra historia es un amasijo de ignominias. Vuestra bandera, un trapo. Como un día Madrid, y como antes los grotescos "libertadores" de Occidente, aquí manda hoy Washington. Desde este sitio veo con los ojos de mi ser moral, flotando en nuestros puertos el nuevo pendón de nuestra tierra, que un día tejiera el suyo al magnífico fragor de victorias inmortales, y abajo, en la superficie de las antes libres aguas, el erizo formidable, pronto a despedir centellas y rayos para imponer, entre oprobios, la vergüenza. Los pueblos, hombres múltiples, se integran y acrecientan a fuerza de virtudes; y cuando el ideal grande y altruista deja de llenar de claridades los abismos de su ser, seguro es que en el horizonte apareció, haciendo visajes trágicos, la muerte. Entonces aparece la miserable Grecia de los charlatanes, sustituyendo a la ínclita Grecia de Pericles. Entonces es la Roma de los Cincinatos deshaciéndose al paso del bebedor de sangre de las estepas asiáticas. Entonces es Polonia, no la Polonia disfrazada e idealizada por el sentimentalismo, sino la Polonia sanguinaria y brutal, que llama, por misericordia, al opresor a que trueque, por los hierros, sus escándalos. Así vosotros. Lo llamásteis mil veces a fuerza de desórdenes. Nacisteis, y ya empezásteis a morir. Cuando la Patria dominicana no era más que un embrión palpitante en los limbos de la historia, le buscábais ya mercado a la dignidad que iba a nacer. Brotó, por fin, al conjuro de virtudes admirables, y al día siguiente del épico suceso las bestialidades del machete, echaron por los suelos la gloria del principio. Fué desde entonces vuestra vida orgía de sangre que culminó, que se exacerbó, mejor dijera, con lo que no hay calificativo en ningún lenguaje humano para señalarlo al desdén del Universo, y fué con el baldón de arriar por vuestra mano el pabellón que ondeó triunfante, en la espléndida mañana de Febrero, para saludar, envilecidos en el tope del asta, el pendón de un opresor. Despertásteis de la tormentosa pesadilla. Os lanzásteis, al suicidio. De aquella hoguera inmensa a la que, empujados por el numen de las abnegaciones estupendas, os arrojásteis, desati-

nados y gloriosos, volvisteis a la vida. Mas la mezcla, la ardiente hibridez característica de nuestra unidad étnica, no alcanzando aún entre nosotros el término del ciclo que recorremos en vértigo fatal, nos despeña en el turbión de la locura. Después de las hazañas prodigiosas, tornásteis al desorden de la orgía; y otra vez el festín antropofágico de las revoluciones; y otra vez la barbarie de los asesinatos afirmando el poderío del mache-tero; y otra vez el destino y el trabajo de los hombres al arbitrio del bandido; y otra vez las groserías del despotismo asaltando y deshonrando el capitolio; y otra vez, en fin, la ceguedad y la codicia reincidiendo en el crimen sin nombre y sin castigo de vender nuestra bandera. Ahora hemos llegado, ciudadanos, al último límite del desequilibrio, del desbarajuste y de la perversidad. Dejádme renunciar a poner delante de vosotros con lineamientos de fuego, el espectáculo que a todos nos envuelve en horrenda cerrazón de tristeza y de vergüenza. ¡Macorisanos! Dadle a los pueblos que se extienden a los cuatro vientos del cuadrante un ejemplo que resuene poderoso, en los amplios horizontes de lo porvenir. Vosotros sois, en los presentes días, los virtuosos de la República. Sois los curtidos y sudorosos trabajadores de la Patria. Con la incontrastable autoridad moral que os da el ciclópeo martillar sobre el yunque del progreso, decidles a las otras regiones de la República, que, aún con el dogal al cuello, parece como que se le abren resquicios para la resurrección. Decidles: ¡arrojaos sobre ellos! Domad vuestras pobladas de beduinos! Mandad a trabajar a vuestras horas de holgazanes! Humanizad vuestros partidos, indisciplinados y anárquicos!" Gritadles: Nacionalistas (*) incontestablemente hoy en el triunfo en toda la extensión de la República: Deponed vuestros agravios, y llamad a vuestros enemigos a la lucha sin carnicerías y sin desolaciones! Horacistas de los cuatro puntos cardinales de la fecunda isla ansiosa de paz y de mejoramiento: Ahogad vuestros odios, modificad vuestras consignas, y ambos a dos, en vez de incurrir jamás en la práctica nefanda de libar sangre humana en el cráneo del

(*) El orador no dijo nacionalistas: le dió otro nombre, el que llevaban, sus correligionarios políticos. (Nota de Renacimiento).



vencido, alzad en vuestros corazones un altar a la tolerancia y la concordia, y tomad al fin los eternos lineamientos de las dos agrupaciones fun-

damentales que en todos los pueblos cultos de la tierra, produjeron y extendieron, a través de los siglos, la gloria, la gloria de las civilizaciones.

DISCURSO DE BIENVENIDA A JOSE DE DIEGO, POR E. DESCHAMPS, EN REPRESENTACION DE LA JUNTA DE INTELLECTUALES Y DE LA CIUDAD PRIMADA DE AMERICA. SANTO DOMINGO, 18 DE JUNIO DE 1915. (*)

Poeta, Orador, Legislador y Combatiente:

Llegas a esta tierra cuando soplan sobre nosotros furiosas rachas de huracán. Aciertas, empero, a iniciar la gloria de tu peregrinación por la tierra de las sorpresas increíbles, de las transformaciones admirables y de las reivindicaciones prodigiosas.

Los codiciosos de todas las edades y los infelices de todas las historias tendieron, aquí también, su diestra al oro de los corruptores que en todos los tiempos anduvieron comprando hombres y pueblos, y desde el primer día de nuestra vida discurrimos entre lo caliginoso del oprobio y el espléndido relampaguear del heroísmo. Cuando aún no había el sol de febrero bañado de eternas claridades la cumbre en que nacimos, andaban ya vendiendo los malvados los timbres por nacer. Cuando flotó, por fin, al viento de la nacionalidad el estandarte síntesis que amalgamó las razas, como para cobijar un magno conglomerado de las virtudes de todo el universo, se les vió arriar la bandera que integraba en sus candentes pliegues el título de nobleza de nuestra personalidad y el acta bautismal de nuestras ínclitas hazañas. Tras el eclipse horrendo reapareció la luz. ¿Ejemplarizaron los estragos, y nos encaminamos resuelta y definitivamente hacia la vida? Torció la indignidad por el camino del oprobio, y necesario fué que de nuevo bramara el huracán para sanear los picachos mancillados por el pendón de un invasor. Y como si de nada les valieran a los hombres los latigazos del destino, como si hubiéramos de ser perpétua presa de desatentada y de irremediable insensatez, como si de la acción a la vida y de la reacción a la catástrofe no derivaran los hombres otra cosa que el desparpajo del cinis-

mo y la despreocupación de la inconciencia, en el instante en que huellas este suelo, sintiendo estamos todos como que asistimos, consternados, al agonizar de la República.

Ilustre peregrino de la fusión independizadora de las islas: levanta, empero, los espíritus al ardor del entusiasmo y a la fruición de la esperanza. ¿No escuchas como un rumor lejano, de río hondo, atronando formidablemente los espacios? ¿No sientes trepidar bajo tus plantas la tierra, conmovida por irrefrenables regocijos? Luchador: Quisqueya te saluda. Esa es Quisqueya. Las rompientes que circundan nuestras costas, escudo de campeón. Reductos nuestros riscos. Esa es Quisqueya. La de Caonabo y Guarionex. La de Cotubanamá y Enriquillo. Por decirte estoy que es también el lejano solar de los progenitores de los ilustres Guaybaná. Dividida aquella raza por el mar, calentóla y arrullóla, sin embargo, al amor del mismo nido, la munificencia de la noturaleza. A través de las edades y a lo largo de los continentes trajéronse a las islas la sugestión de sus abuelos, vigorizándola y engrandeciéndola el aislamiento altivo de las islas. La raza desapareció. Un día los hijos de los conquistadores destruyeron aquí a Albión. Con el recuerdo de la hazaña, traspasados insolentemente por sus padres, agarraron la espada de Pavía, llenándolos de asombro con la página inmortal de Palo Hincado. Empezaban a llegar hasta nosotros los ecos de las campañas de Bolívar, y nos incendió el Libertador con los épicos reflejos de su inspiración y de su gloria. La personalidad iba a nacer. A través de la noche dejó entrever su faz la independencia. Pero entonces, los hunos negros de Occidente, traídos a Colombia para llevar sobre su espalda el ponderoso fardo de los conquistadores, estrellaron sus hierros contra la frente de sus amos, y en súbita y desatinada correría nos impu-

(*) Del opúsculo *Discurso*, S. D., 1915.

sieron sus cadenas. Sobrevino la eternidad de veintidos años de dolores inauditos, hasta que, al fecundo verbo de un creador, al tesón prolijo de un mártir, y al glorioso togonazo de un titán, surgió la Patria, al fin, bautizándose con la lluvia de fuego de las batallas, y consagrándose a la esplendente fulguración de las victorias. Otro día advirtió el orbe lo estupendo. Compareció el vendimiador; escaló el brutazo el Capitolio; dieron en la flor de proclamarse siervos; agarrotaron la República, y la arrojaron a los zarzapos del León. Pero entonces, entre el sacrificio por capricho de los déspotas y la desaparición por el suicidio en la explanada de la inmortalidad, sin pólvora, sin balas, sin fusiles, desarrapados y magníficos, numantinos y cartagineses en la solemne hora de la desesperación y del desastre, rujieron las montañas, temblaron las llanuras, ardieron las ciudades, y plantamos el pendón a que flotara en la grandiosa apoteosis de las ruinas.

Campeón de la Independencia de tu tierra y de la confederación redentora de las islas: Quisqueya te saluda. Esa es Quisqueya. Ahora pareciera que vamos a morir. ¿Morir? ¿Dije morir? Pues eso habría de ser cuando las minorías desfa-

chatadas y las camarillas impudentes continuarán haciendo gravitar sus insolencias sobre el destino del pueblo. Pon tu mano en la frente de esos hombres. La volcanizan las ideas. Aprendieron que, en el fondo de la historia, el pensamiento capital de los héroes y los pueblos, y el motivo de las grandes revoluciones de los siglos, fueron, y son, y serán perpétuamente el triunfo de la personalidad de las naciones. Entre nosotros es el mal la vil enredadera que trepa hasta el ramaje del árbol corpulento. Es Mercurio y es Moloc, construyendo con cartón el centelleante casco de Minerva. Arrima tu corazón al de esa inmensa multitud, y mira cómo es cráter de pasiones por la libertad y el ideal. Esa cabalgó aquí mil veces en el bridón tempestuoso de Bolívar. Esa cruzó el mar, y sopló en la trompa a cuyos ecos despierta, erizada de rayos, la epopeya. Esa te dará corazones y cabezas que te ayuden a plantar en la nueva encrucijada de las civilizaciones, la trinidad egregia del Caribe. Poeta, legislador y combatiente, abre tus brazos a las grandes expansiones de la fraternidad, y el amplio corazón al vértigo del triunfo, porque estás, consagrado por el amor, entre tus conciudadanos de la gloriosa confederación del porvenir!

